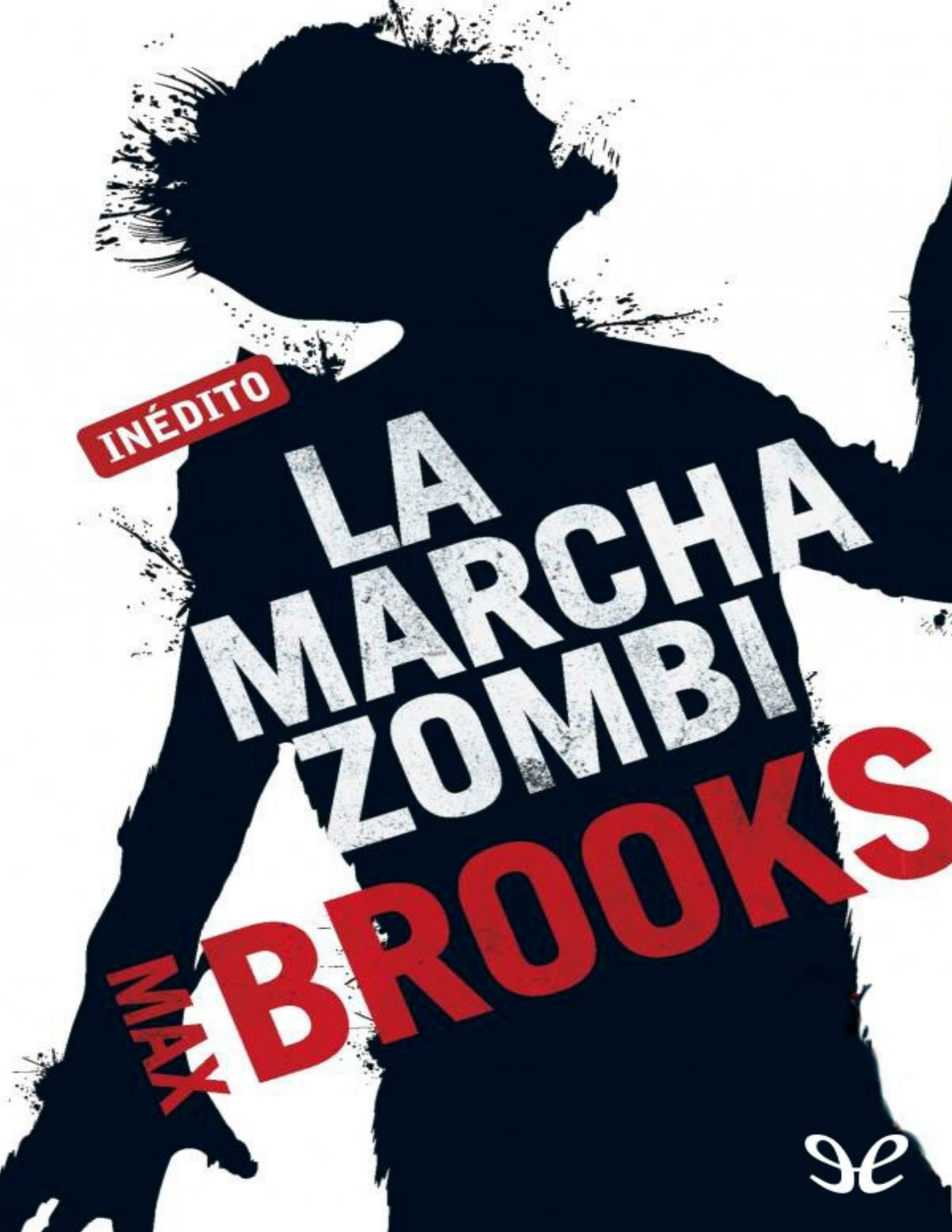

INÉDITO
LA MARCHA ZOMBI
MAX BROOKS

Cuatro terroríficos relatos de zombis a través de los cuales el gran maestro del género reflexiona sobre el colapso de la civilización.

BROOKS MANTIENE intacto su talento desbordante y su capacidad de sorprendernos y lo demuestra con estas cuatro visiones del universo zombi.

«El desfile de la extinción», la guerra entre zombis y humanos vista por unos vampiros que ven con alarma cómo se están quedando sin alimento.

«Gran Muralla», donde una China despótica trata de hacer frente a la invasión zombi reclutando forzosamente a gente para reconstruir la Gran Muralla.

«Steve and Fred» un relato de doble filo que desafía las fronteras entre realidad y ficción.

«Cierre, S.L» una entrevista a un terapeuta danés que, tras la plaga, «recupera» psicológicamente a quienes no se atrevieron a matar a familiares infectados.

Max Brooks

La marcha zombie

ePub r1.1
OZN 03.08.14

Título original: *Closure, Limited and Other Stories from the Zombie Wars*
Max Brooks, 2010
Traducción: Raul Sastre Letrona
Retoque de portada: OZN

Editor digital: OZN
ePub base r1.0



El desfile hacia la extinción

Los llamábamos submuertos, y para nosotros no eran más que una mera broma. Son muy lentos, torpes y estúpidos. Tan estúpidos que nunca los habíamos considerado una amenaza. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Habían existido junto a nosotros, o más bien por debajo de nosotros, como un incendio nunca apagado del todo cuyas llamas cobran fuerza de vez en cuando, desde que los primeros humanoides bajaron de los árboles. Fanum Cocidi, Fiskurhofn, todos conocemos esas historias. Uno de los nuestros incluso llegó a afirmar que había estado presente en Castra Regina, aunque la mayoría le considerábamos un fanfarrón. A lo largo de las eras, hemos sido testigos de sus torpes brotes y rebrotes y de las respuestas igualmente torpes de la humanidad ante sus estallidos. Nunca habían sido una seria amenaza, ni para nosotros ni para los diurnos que devoraban. Siempre habían sido una broma. Así que estallé en carcajadas cuando me enteré de que se había producido un pequeño brote en Kampong Raja. Recuerdo que Laila me comentó algo al respecto, hace diez años, en una cálida y serena noche.

—No es la primera vez. Me refiero a este año —me dijo, con un tono de voz teñido de una moderada fascinación, como si estuviera hablando de algún otro fenómeno natural muy extraño—. Algunos han comentado que ha pasado lo mismo en Tailandia y Camboya, y que quizá se haya extendido hasta Burma.

Una vez más, me eché a reír y a lo mejor hice algún comentario despectivo sobre los humanos, probablemente me pregunté cuánto tardarían en limpiar ese estropicio. No volví a pensar en ello hasta unos cuantos meses después. El tema seguía comentándose entre susurros. Recuerdo que estábamos atendiendo a Anson, una visita de Australia que había venido para hacer «deporte», así era como lo llamaba él, para tener una oportunidad de «degustar los sabores locales». Anson nos tenía fascinados a ambos, ya que era alto y apuesto y muy, pero que muy joven. No recordaba ninguna época anterior a los chismes electrónicos para hablar y a las

máquinas de metal voladoras. Sus ojos brillaban con una envidiable energía y despreocupación.

—Han llegado a Australia —afirmó con una emoción infantil mientras nos encontrábamos en el balcón ante los fuegos artificiales del Hari Merdeka que estallaban sobre las Torres Petronas—. ¿No es asombroso? —se preguntó, y ambos pensamos que se refería a los fuegos—. Al principio, creía que podían nadar, y así es, pero no nadan de una manera normal... es más como si anduvieran bamboleándose bajo el agua. Pero no fue así como llegaron a Queensland. Tengo entendido que llegaron en una patera ilegal o algo así. Por lo que sé, fue un asunto muy feo que se tapó como se pudo. ¡Ojalá hubiera tenido la oportunidad de ver a alguno! Nunca los he visto, ya me entendéis, «en carne y hueso».

—¡Vayamos a verlos esta noche! —exclamó Laila de repente.

Pude apreciar que se le había contagiado el entusiasmo de nuestro invitado. Recuerdo que repliqué algo acerca de que tendríamos que recorrer una gran distancia antes de que despuntara el alba, pero entonces Laila me interrumpió:

—No, no hace falta ir hasta ahí. ¡Esta noche, podemos verlos aquí mismo! Tengo entendido que ha estallado un nuevo brote a solo unas horas de aquí, cerca de Jerantut. Quizá tengamos que caminar entre la maleza durante un buen rato, pero eso también forma parte de la diversión, ¿no?

Tengo que admitir que me pudo la curiosidad. Tantos meses de rumores y toda una vida oyendo esas historias habían hecho mella en mí. Les confesé, tal y como ahora me confieso a mí mismo, que, de hecho, quería ver a uno de aquellos submuertos en «carne y hueso».

Cuando eres uno de los nuestros resulta fácil olvidar lo rápido que puede avanzar el resto del mundo. Muchas extensiones de jungla han desaparecido en lo que para mí solo ha sido un mero parpadeo y han sido sustituidas por autopistas, por urbanizaciones repletas de construcciones idénticas y por kilómetros de plantaciones de palmeras. En eso consiste «el progreso», «el desarrollo». Parece que fue anoche cuando Laila y yo salíamos a cazar por las violentas calles sin iluminar de esa nueva ciudad minera llamada Kuala Lumpur. Y pensar que en su día la había seguido desde Singapur porque nuestro hogar anterior se había vuelto demasiado «civilizado». Y, en ese momento, íbamos montados en un Lexus LSA que recorría a toda velocidad un río de asfalto y luz artificial.

No esperábamos encontrarnos con un control de carretera, y la policía tampoco

esperaba encontrarse con nosotros. No nos preguntaron adónde íbamos, ni siquiera comprobaron nuestros carnets, ni siquiera nos indicaron que íbamos tres personas en un automóvil de solo dos asientos cuando eso era ilegal. Uno de los agentes nos indicó con una seña que nos marcháramos; con una mano cubierta por un guante blanco nos señaló el camino por donde habíamos venido, mientras la otra la tenía apoyada temblorosamente sobre la solapa de su pistolera. Nunca olvidaré su olor, o el olor del otro policía que se encontraba a sus espaldas, o del pelotón de soldados que se hallaba detrás de ambos. No había olido tanto miedo concentrado desde los incidentes racistas de 1969. (Oh, aquellos sí que fueron tiempos gloriosos.) Pude apreciar, por el gesto de su rostro, que Laila se moría de ganas de volver a ese control de carretera en cuanto concluyera nuestra aventura. Debió de ver esa misma ansiedad en mí ya que, mientras me clavaba un dedo en las costillas juguetonamente, me susurró:

—Cuidado. No es recomendable conducir borracho.

Varios minutos después, tras abandonar la autopista y regresar al lugar desplazándonos por entre las copas de los árboles, detectamos otro olor. Era una mezcla de aroma a terror y carne putrefacta que tuvo un impacto tremendo sobre nuestro olfato. Un segundo después, escuchamos un tiroteo lejano que nos sobresaltó.

Aquel barrio había sido construido sobre todo para los trabajadores de la plantación. Varias hileras de casitas muy bien cuidadas ocupaban aquellas calles anchas y recién pavimentadas. Alcanzamos a ver varias tiendas y cafeterías, así como un par de escuelas de primaria y una enorme iglesia católica, de las que por entonces tanto abundaban en nuestro país gracias a los trabajadores filipinos. Desde lo alto de la aguja de aquella iglesia, que era el punto más elevado de aquel asentamiento prefabricado, me limité a contemplar embobado la carnicería que estaba teniendo lugar allá abajo. Lo primero que me llamó la atención fueron las llamas, luego las manchas de sangre, después las marcas de que algo había sido arrastrado y, por último, los agujeros de bala que podían apreciarse en diversas casas; en muchas de ellas, daba la impresión de que una turbamulta enfurecida había hecho añicos sus puertas y ventanas. Lo último en lo que me fijé fue en los cuerpos, tal vez porque ya estaban bastante fríos. La mayoría se encontraban despedazados y no eran más que un amasijo de miembros; además, los torsos yacían entre órganos sueltos y trozos de carne amorfos. No obstante, algunos cadáveres permanecían razonablemente intactos. Entonces, me di cuenta de que todos ellos tenían unos agujeritos redondos justo en el

centro de sus cabezas. En cuando estiré el brazo para señalarle lo que acababa de ver a Laila, me di cuenta de que tanto ella como Anson ya habían abandonado el tejado. Supuse que se habían ido al escuchar los disparos.

Por un momento, me sumí en mis recuerdos y me dejé llevar por la nostalgia gracias al banquete sensorial que aquella masacre humana me proporcionaba. Creí estar en la década de los cincuenta, merodeando por la jungla en busca de presas humanas. Laila y yo todavía hablábamos con cariño de «La Emergencia», de cómo seguíamos los rastros de olor tanto de los insurgentes comunistas como de los comandos de la Commonwealth, de cómo atacábamos desde las sombras mientras las armas (y los intestinos) de nuestras presas se vaciaban por culpa del pánico, de cómo sorbíamos con glotonería las suculentas últimas gotas de sus corazones, que latían frenéticamente. Durante décadas, lamentaríamos que la «La Emergencia» no hubiera durado más.

He oído en alguna ocasión que cuantos más recuerdos uno acumula en su cerebro, menos espacio queda para el pensamiento consciente. No puedo hablar por los demás, pero, a mi edad, tengo atrapados en mi viejo cráneo tantos recuerdos que equivalen a varias vidas enteras, que sufro lapsus ocasionales de «concentración». Mientras experimentaba uno de esos lapsus, mientras me hallaba perdido en el pasado reciente y me relamía los labios de un modo inconsciente, descendí de mi privilegiada posición desde donde podía observarlo todo, doblé la esquina de la iglesia y entonces prácticamente me choqué con uno de ellos. Se trataba de un hombre, o lo había sido hasta hacía poco. La parte derecha de su cuerpo seguía siendo normal y se movía con cierta agilidad, pero la parte izquierda se encontraba severamente calcinada. Un fluido viscoso y oscuro rezumaba de sus numerosas heridas aún humeantes. Tenía el brazo izquierdo seccionado limpiamente por debajo del codo, como si una máquina se lo hubiera cortado, aunque era más probable que se lo hubieran cortado con uno de esos grandes machetes que los trabajadores utilizaban para segar la cosecha. Arrastraba ligeramente la pierna izquierda, dejando así un surco no muy profundo en el suelo. En cuanto hizo ademán de abalanzarse sobre mí, retrocedí instintivamente y me agaché dispuesto a propinarle un golpe letal.

En aquel momento, sucedió algo inesperado. Ese hombre, ese engendro, pasó lentamente junto a mí andando de manera torpe y desgarbada. No se dio la vuelta. Ni siquiera estableció contacto visual conmigo con el único ojo bueno que le quedaba. Agité una mano delante de su cara y nada. Me coloqué junto a él y seguí el ritmo de

sus pasos durante unos segundos y nada. Incluso me puse justo frente de él. Pero no solo esa bestia silenciosa se negó a detenerse, sino que me embistió sin ni siquiera alzar los brazos. Al golpearme contra la acera, solté una inesperada carcajada al mismo tiempo que aquella abominación submuerta me pisaba y pasaba por encima de mí ¡sin darse cuenta!

Luego, me percaté de que había sido bastante necio al esperar una reacción distinta por parte de aquel ser. ¿Por qué tendría que haberme reconocido? ¿Acaso era comida para él? ¿Acaso estaba «vivo» según la acepción humana del término? Esas criaturas únicamente cumplían con su imperativo biológico, y ese imperativo los impulsaba a buscar únicamente seres «vivos». Para su mente enferma y primitiva, yo era prácticamente invisible, un obstáculo que debía ser ignorado y, como mucho, evitado. Durante un segundo, solo pude maravillarme de lo absurda que era la situación en que me hallaba y me reí entre dientes, como un niño, mientras esa obscenidad patética arrastraba su mutilado cadáver en descomposición lejos de mí. Me puse en pie, eché hacia atrás el brazo derecho y lo golpeé con fuerza. Volví a soltar una risita ahogada en cuanto la cabeza se le separó de los hombros con suma facilidad y rebotó con fuerza contra la casa de enfrente para acabar deteniéndose a mis pies. Su único ojo funcional seguía moviéndose, seguía buscando y, de un modo bastante ridículo, seguía ignorándome. Esa fue la primera vez que me encontré cara a cara con lo que los humanos diurnos suelen llamar «zombi».

A los meses siguientes se les podría haber llamado «las noches de negación». Seguíamos ocupados con nuestras cosas, como siempre, mientras intentábamos ignorar esa amenaza que iba creciendo con paso firme a nuestro alrededor. Hablábamos y pensábamos poco sobre los submuertos y ni siquiera nos molestábamos en mantenernos al tanto de lo que ocurría. Se oían muchas historias, contadas tanto por humanos como por miembros de nuestra especie, acerca de que los submuertos se estaban alzando en todos los continentes. Esas historias se iban extendiendo de una manera incesante, pero la mayoría eran muy aburridas. En realidad, daba la impresión de que siempre estábamos aburridos, aunque ese es el precio a pagar por la inmortalidad. «Sí, sí, ya me han contado lo de París, ¿qué me quieres decir con esto?» «Claro que me he enterado de lo que ha pasado en ciudad de México, ¿y quién no?» «Oh, no me jodas, ¿otra vez vamos a hablar de Moscú?» Durante tres años permanecimos con los ojos cerrados, mientras la crisis se agudizaba y los humanos continuaban muriendo o se transformaban en zombis.

Y al cuarto año «las noches de negación» se convirtieron en lo que irónicamente llamamos «las noches de gloria». Eso ocurrió cuando el mundo entero reconoció el estallido de la plaga, cuando los gobiernos comenzaron a revelar formalmente a sus pueblos cuál era la verdadera naturaleza de esa crisis. Fue entonces cuando las estructuras globales se empezaron a desmoronar, cuando las redes de comunicación nacional se cerraron y las fronteras nacionales cayeron, cuando estallaron pequeñas guerras y grandes revueltas asolaron todo el mundo. Fue entonces cuando nuestra raza entró en una fase de éxtasis desenfrenado con ánimo festivo.

Durante décadas, nos habíamos quejado de que los diurnos se encontraban demasiado interconectados unos con otros, lo cual nos hacía sentir bastante oprimidos. Las líneas ferroviarias y la electricidad habían supuesto una presión adicional para nosotros, que somos criaturas rapaces, ¡por no hablar del telégrafo y del maldito teléfono! Sin embargo, recientemente, con el auge tanto del terrorismo como de las telecomunicaciones, daba la impresión de que realmente todas las paredes tenían oídos. Cuando tuvimos que abandonar Singapur, Laila y yo habíamos estado considerando últimamente la posibilidad de mudarnos a la península malaya. Nos habíamos planteado ir a Sarawak o quizá incluso a Sumatra, a cualquier sitio donde las luces del conocimiento no hubieran acabado con los oscuros rincones de nuestra libertad. Entonces, sin embargo, nuestro éxodo parecía innecesario, puesto que, por fortuna, esas luces empezaban a menguar.

Por primera vez en muchos años, podíamos cazar sin ningún temor a toparnos con móviles o cámaras de seguridad. Podíamos cazar en manada e incluso entretenernos con nuestra comida mientras esta se resistía.

—Prácticamente, había olvidado qué aspecto tiene la noche en toda su pureza —me había espetado Laila una vez que salimos a cazar durante un apagón—. Oh, el caos es un aderezo tan delicioso.

En esas noches, todavía nos sentíamos muy agradecidos a los submuertos por las liberadoras distracciones que habían traído consigo.

Recuerdo una noche particularmente memorable, en la que Laila y yo estábamos escalando los balcones del hotel Coronade. Debajo de nosotros, en la calle Sultan Ismail, las tropas del gobierno disparaban ráfagas de balas trazadoras contra una horda de cadáveres que se aproximaba. Resultaba fascinante ver cómo tanto poderío militar concentrado trituraba, machacaba y pulverizaba a los submuertos, aunque sin poder erradicarlos del todo. En cierto momento, nos vimos obligados a saltar hacia la

parte plana del tejado del centro comercial Sungei Wang Plaza (lo cual era toda una hazaña), cuando la onda expansiva de un ataque aéreo provocó que estallaran las ventanas del hotel y se desatara una lluvia de cristales. Fue una decisión tomada sin pensar, ya que el tejado del centro comercial se encontraba abarrotado por cientos de refugiados. Supuse, por las latas y recipientes de comida abiertos y las botellas de agua vacías, que aquellos pobres desgraciados debían de llevar cierto tiempo atrapados allí. Olían a agotamiento y suciedad, y a un intenso miedo muy cautivador.

Recuerdo poco más, salvo alguna que otra imagen violenta de modo fugaz y las espaldas de las presas que huían. Sin embargo, sí me acuerdo de una niña en particular. Debía de ser de campo ya que por aquel entonces gente, mucha gente, procedente de allí acudía en masa a las ciudades. ¿Acaso sus padres fueron a la ciudad creyendo que hallarían refugio? ¿Tenía todavía padres? Su olor carecía de toda impureza típica de los moradores de las urbes modernas, no había ingerido hormonas ni sustancias tóxicas, ni siquiera olía al hedor que la polución dejaba en las personas por acumulación. Me regodeé en su deleitable pureza y, más tarde, me maldije a mí mismo por recrearme con ella demasiado al dejarme llevar por la emoción. La niña saltó al vacío sin titubear, sin ni siquiera lanzar un gritito. Observé cómo caía directamente sobre esa horda que gimoteaba y se retorcía sin parar.

Los submuertos reaccionaron como si fueran una máquina, como si se tratara de un mecanismo lento y pausado cuyo único propósito era transformar a una niña humana, que no cesaba de chillar, en una masa de carne irreconocible. Recuerdo cómo su pecho se desplomó al expirar su último aliento, mientras mantenía sus ojos clavados en mí con su última chispa de consciencia, antes de que su brillo se apagara entre un mar de manos y dientes.

Cuando era joven, había escuchado a un anciano de Occidente rememorar la caída del Imperio romano occidental y me rechinaron los dientes de envidia cuando compartió sus experiencias sobre el fin de ese imperio.

—Media civilización acabó siendo pasto de las llamas —afirmó jactancioso—, medio continente se sumió en un milenio de anarquía—Yo salivaba, literalmente, cuando me contaba aquellas historias de cacerías por los territorios sin ley de Europa —. Experimentamos una sensación de libertad que vosotros, los asiáticos, nunca habéis experimentado, ¡y que me temo que nunca experimentaréis!

Hace menos de una década, aquella predicción parecía muy acertada. En aquellos momentos sonaba tan vacía y hueca como nuestra estructura social que se

desmoronaba.

No estoy muy seguro de cuándo el éxtasis dio paso a la ansiedad. Me resultaría difícil precisar el momento exacto. En mi caso, esa transición se produjo por culpa de Nguyen, un viejo amigo de Singapur, que había recibido una educación exquisita y era inteligente por naturaleza; además, era de ascendencia vietnamita y había pasado en París tiempo más que suficiente como para convertirse en un estudioso del existencialismo francés. Quizá esto explique por qué nunca sucumbió al ansia caprichosa de buscar el placer tan típico de nuestra raza. Quizá eso también explique por qué fue, hasta donde yo sé, el primero en dar la voz de alarma.

Habíamos quedado en Penang. Laila y yo nos vimos obligados a abandonar Kuala Lumpur, ya que se había desatado un incendio a plena luz del día que se encontraba totalmente descontrolado y que amenazaba con llevarse por delante toda la manzana. Varios de los nuestros habían perecido hacía muy poco tiempo de esa manera. Hasta entonces, no habíamos sido plenamente conscientes de lo cómoda que se había vuelto nuestra vida, pues si bien era cierto que teníamos muchas limitaciones, también era cierto que era una existencia extremadamente cómoda. La mayoría de nosotros habíamos abandonado tiempo atrás la estrategia de construirnos nidos fortificados, ya que habían acabado en el mismo lugar que las antorchas y las horquillas de los granjeros. La mayoría vivíamos haciéndonos pasar por diurnos, en cómodos y, en algunos casos, opulentos palacios urbanos.

Anson había vivido en uno de esos palacios, una reluciente torre que se alzaba sobre el puerto de Sidney. Al igual que el resto de nuestro mundo, su ciudad había degenerado mucho hasta transformarse en un manicomio por culpa de los submuertos. Del mismo modo que el resto de los miembros de nuestra raza, su apetito había sucumbido ante la tentación del éxtasis que conllevaban esas bacanales sangrientas. Por lo que teníamos entendido, se había retirado una mañana a su alto alcázar, justo cuando el gobierno australiano acababa de dar permiso al ejército para utilizar la fuerza. Nadie está muy seguro de cómo se derrumbó su edificio. Aunque hemos escuchado diversas teorías al respecto: desde que fue alcanzado por algún proyectil de artillería perdido, a que cayó por culpa de unas cargas de demolición que se detonaron en las profundidades del subsuelo de las calles de la ciudad. Esperábamos que el pobre Anson hubiera quedado atomizado en la explosión, o si no, que el sol matutino lo hubiera inmolado rápidamente. No queríamos imaginárnoslo atrapado bajo miles de toneladas de escombros, mientras unos diminutos rayos de luz

lo torturaban y su fuerza vital lo abandonaba poco a poco.

Nguyen estuvo a punto de sufrir un destino similar. Pero tuvo el buen juicio de huir de Singapur la noche anterior a que los diurnos lanzaran su ofensiva. Aquella noche, había podido observar desde el estrecho de Johor cómo ardía lo que había sido su hogar desde hacía más de tres siglos. También hizo gala de un gran sentido común al sortear Kuala Lumpur, la cual se hallaba sumida en el caos, y de abrirse camino hacia la nueva «zona de seguridad» que los diurnos habían establecido en Penang, donde millones de refugiados ocuparon en masa varios cientos de kilómetros cuadrados de esa zona costera urbanizada. Varias decenas de los nuestros aprovechamos la ocasión para mudarnos con los humanos con cuentagotas, algunos venían de lugares tan remotos como Dhaka. Nos las habíamos ingeniado para «adquirir» varios domicilios, con buenas medidas de seguridad que impedían el acceso de gente indeseada y que vigilábamos para que no hubiera ocupas en el futuro, tras deshacernos de sus previos dueños humanos. Si bien nuestras nuevas casas carecían de grandes comodidades, la seguridad de la que disfrutábamos compensaba con creces toda incomodidad. Al menos, eso era lo que nos decíamos a nosotros mismos mientras la situación se deterioraba y las masas de submuertos se iban acercando sin prisa pero sin pausa a Penang. Yo me encontraba en uno de esos domicilios, tras haber pasado la noche cazando en los campos de refugiados cercanos, cuando Nguyen expresó por primera vez su preocupación.

—He estado haciendo cálculos —aseveró con cierta ansiedad—, y mis conclusiones son... perturbadoras.

Al principio, no supe de qué estaba hablando. Las generaciones más antiguas tienen un sistema de relaciones sociales bastante deplorable. Cuanto más se refugian en sus recuerdos, más difícil les resulta comunicarse con el resto del mundo.

—El hambre, la enfermedad, los suicidios, los asesinatos entre especies, las bajas en combate y, por supuesto, el contagio submuerto están acabando con ellos— aseveró. Aunque mi expresión de desconcierto debía de ser muy obvia, ya que Nguyen añadió—. ¡Con los humanos! —me espetó de manera impaciente entre siseos —. ¡Los estamos perdiendo! Esa escoria encorvada los está exterminando poco a poco.

—Siempre intentan hacer lo mismo, y los humanos siempre acaban con ellos. — Laila rió.

Nguyen negó con la cabeza, furioso.

—¡Esta vez no! No en este mundo cada vez más pequeño en que vivimos. Hay... había... ¡más humanos que nunca! Hay... había... ¡redes de transporte y rutas comerciales que mantenían a esos humanos más unidos que nunca! ¡Por eso la plaga se ha extendido tanto y tan rápido! Los humanos han creado un mundo repleto de contradicciones históricas. Han ido difuminando las distancias físicas al mismo tiempo que erigían otras de índole social y emocional —entonces, suspiró enfadado al contemplar nuestros inexpresivos rostros—. Cuanto más se han extendido los humanos por todo el planeta, más han optado por refugiarse en sí mismos. Mientras este mundo cada vez más pequeño daba lugar a un nuevo nivel de prosperidad material, ellos han utilizado esa prosperidad para aislarse unos de otros. Por eso, cuando la plaga comenzó a extenderse, no hubo una llamada global a las armas, ¡ni siquiera a nivel nacional! Por eso los gobiernos operaban hasta cierto punto en secreto y en vano, ¡mientras sus pueblos seguían ensimismados con sus propias y patéticas preocupaciones! ¡El diurno medio no fue capaz de darse cuenta de lo que estaba pasando hasta que fue demasiado tarde! ¡Y ya casi es demasiado tarde! ¡He hecho los cálculos! El homo sapiens se encuentra muy cerca de un punto de no retorno. ¡Pronto, habrá más submuertos que humanos vivos!

—¿Y eso qué más da? —nunca podré olvidar esas palabras, o la forma casual y molesta con la que Laila las susurró—. ¿Y qué más da que haya unos pocos menos diurnos? Como has señalado antes, si son demasiado egoístas y estúpidos como para detener a los submuertos e impedir que los sigan cazando, ¿por qué coño deberíamos preocuparnos?

En ese instante, dio la sensación de que Nguyen acababa de ver al sol alzarse en los ojos de Laila.

—No lo entiendes —replicó con un tono de voz áspero—. No has entendido las consecuencias —entonces, se detuvo por un segundo, retrocedió unos cuantos pasos y rebuscó por la habitación como si hubiera dejado caer las palabras adecuadas en algún lugar sobre aquella alfombra—. No estamos hablando de que vaya a ver unos pocos menos diurnos, ¡sino que no va a quedar ninguno! ¡Ninguno! —gritó.

Todos los que estábamos en la habitación nos volvimos en dirección a Nguyen, aunque su mirada abrasadora y acusadora se clavó directamente en la de Laila.

—¡Los sapiens están luchando por su supervivencia! ¡Y están perdiendo! —A continuación, extendió los brazos de una manera muy teatral y trazó en el aire un semicírculo vacío—. Y cuando el último de ellos haya desaparecido, ¿¡¿¡de qué

diablos nos vamos a alimentar tú, o yo, o cualquiera de nuestra raza!?!? —El silencio fue la única respuesta que obtuvo Nguyen, quien recorrió rápidamente con la mirada el grupo allí reunido—. ¿Acaso a ninguno de vosotros se le ha ocurrido pensar más allá de la comida de esta noche? ¡¿¿¡Acaso ninguno de vosotros comprende lo que implica que exista otro organismo que compite con nosotros por nuestra única fuente de comida!??!

En ese momento, me atreví a darle una tímida respuesta, algo del tipo «pero los... los submuertos tendrán que parar en algún momento. Tienen que saber...».

—¡No, no saben nada! —me interrumpió Nguyen—. ¡Y lo sabes! ¡sabes perfectamente en qué nos diferenciamos nosotros de ellos! ¡Nosotros cazamos a los humanos! ¡Ellos consumen a la humanidad! ¡Nosotros somos depredadores! ¡Ellos, una plaga! Los depredadores son conscientes de que no deben cazar en demasía, ¡ni reproducirse en exceso! ¡Siempre hemos sabido que solo debíamos dejar un huevo en el nido! ¡Sabemos que nuestra supervivencia depende de que mantengamos el equilibrio entre cazadores y presas! ¡Una enfermedad no es consciente de eso! ¡Una enfermedad se extiende y extiende hasta que infecta a todo su anfitrión! ¡Y si la muerte de ese anfitrión supone su propia muerte, le da igual! ¡Una enfermedad no sabe contenerse ni se plantea el futuro! ¡No alcanza a comprender las consecuencias que tendrán a largo plazo sus actos, y lo mismo les sucede a los submuertos! ¡Pero nosotros sí podemos hacerlo! ¡Y no lo hemos hecho! ¡Incluso hemos celebrado que los extingan! Durante los últimos años, ¡hemos estado danzando despreocupadamente en medio de un desfile que nos llevará a nuestra propia extinción!

Pude apreciar que Laila se estaba alterando. Tenía la mirada clavada en Nguyen, cual depredador, mientras sus finos labios se curvaban para dejar a la vista sus colmillos.

—Habrá más diurnos —dijo con un tono de voz muy suave, casi un siseo—, ¡siempre habrá más!

A partir de entonces, ese fue el mantra que más repetíamos. Pasamos del tradicional: «Los humanos siempre han sido capaces de derrotar a los submuertos», al pragmático: «Sí, el sistema global socioeconómico humano actual tal vez desaparezca pero no los humanos», o al jocoso: «Mientras los humanos sigan fornicando desenfrenadamente, siempre habrá más». Desde los que se mostraban más displicentes a los que se mostraban más beligerantes, muchos de los nuestros se aferraban desesperadamente al mismo argumento de «siempre habrá más». Esta nueva fase de

nuestra existencia solo podría definirse como tremendamente desesperada. Mientras los submuertos continuaban multiplicándose, mientras arrasaban una fortaleza humana tras otra, el argumento de «siempre habrá más» se volvía más insistente, más dogmático y más desesperado.

Aun así, no fueron los discípulos del «habrá más» los que perturbaron profundamente mi sueño durante el día, sino aquellos que pensaban como yo, que empezaron a compartir el razonamiento de Nguyen e «hicieron los cálculos» por sí solos. En efecto, la humanidad estaba alcanzando un punto de no retorno a nivel colectivo. Los submuertos habían iniciado una reacción en cadena, tal y como nuestro juicioso vietnamita había predicho. Todas las noches, sus cadáveres se amontonaban en pilas cada vez más altas en las calles, los hospitales y los campos de refugiados improvisados de Penang. La malnutrición, las enfermedades, los suicidios y los asesinatos se sucedían, y eso que los submuertos todavía no habían alcanzado nuestra zona.

Sabíamos que no «siempre habría más», que eso era imposible, pero, entonces, ¿qué se podía hacer? Qué hacer... esa cuestión sonaba al principio tan extraña. Apenas era capaz de planteármela a mí mismo y mucho menos a otros. En aquel momento que nos enfrentábamos a una amenaza apocalíptica, ¿acaso no era lógico que tratáramos de impedir que esa amenaza se hiciera realidad? Claro que sí... para cualquiera salvo para una raza de parásitos pasivos.

Éramos como pulgas que observaban al perro que las acogía mientras este luchaba por seguir vivo, sin detenerse a pensar por un momento que podían hacer algo para ayudarlo. Siempre habíamos desdeñado a los diurnos, a los que considerábamos una «raza inferior». Aun así, esa raza, que se enfrentaba a diario con sus propias debilidades y su propia mortalidad, había decidido coger al destino por el cuello. Mientras nosotros nos escondíamos entre las sombras, ellos habían estudiado, sudado la gota gorda y cambiado la faz de su mundo. Sí, era su mundo, no el nuestro. Nunca sentimos ninguna necesidad de reclamar una participación en nuestra civilización «anfitriona», ni ninguna necesidad de contribuir, por el averno, ni de luchar por ella de ningún modo. Mientras las grandes metamorfosis sociales (las guerras, las migraciones y las revoluciones épicas) desfilaban ante nuestros ojos, nosotros solo ansiábamos sangre, seguridad y librarnos del tedio. Y cuando el curso de la historia amenazaba con empujarnos hacia el abismo, nos encontrábamos encadenados de pies y manos por una parálisis casi de índole genética.

Estas revelaciones surgen, naturalmente, de cavilaciones que he realizado a posteriori. No obstante, mis reflexiones no eran tan lúcidas mientras merodeaba por mi coto de caza esa noche en el lago Temenggor. La barricada humana situada en la autopista 4 era el último dique con el que contaban para frenar la imparable marea de submuertos. Ahí solo quedaba una guarnición del ejército que había erigido algunas fortificaciones improvisadas y que había optado por no destruir el puente. Aún no debían de haber renunciado a la idea de que serían capaces de reconquistar la ribera opuesta. La isla central fue designada como zona de «cuarentena», lo cual provocó que esa antigua reserva natural acabara repleta de «retenidos». Los nuestros descubrieron que era el sitio ideal para acechar a algún refugiado incauto que se había alejado demasiado de los demás. Esa noche se tiñó de sangre por culpa de la glotonería. Yo ya me había alimentado de dos refugiados antes de purgarme y buscar a un tercero. Tales actos no se habían dado entre los nuestros, pero entonces se convirtieron en algo habitual. Tal vez el nuestro era un caso de supercompensación mal enfocada, quizá intentábamos satisfacer así una necesidad inconsciente de querer ejercer el control sobre la situación. Aunque todavía no estoy seguro de cuáles eran los verdaderos motivos que nos impulsaban a actuar así. Desde una perspectiva racional y emocional, puedo afirmar que en mis cacerías ya no había ni el más mínimo atisbo de diversión. En ese momento, mis víctimas solo provocaban en mí ira, ira y un desprecio irracional. Mis matanzas se volvieron innecesariamente crueles y dolorosas. Me sorprendí a mí mismo mutilando los cuerpos de todas mis víctimas, e incluso mofándome de ellas instantes antes de proceder a matarlas.

Una vez me excedí tanto que acabé lisiando al objetivo, al propinarle un golpe en la cabeza; no obstante, mi presa aún permaneció lo bastante consciente como para escuchar mis palabras.

—¿Por qué no haces algo? —me burlé, colocando mi rostro a solo unos centímetros del suyo. Se trataba de un viejo extranjero que no podía entender mi idioma—. ¡Adelante! —le espeté gruñendo—. ¡Haz algo!

Aquello se convirtió en una suerte de mantra psicótico. «¡Haz algo, haz algo, haz algo!» Ahora, al recordarlo, sospecho que al gritarle «haz algo» no buscaba provocarlo, sino más bien lanzar un disimulado grito de ayuda. «Por favor, haz algo», eso es lo que debería haber dicho, «¡Tu especie cuenta con los recursos y la voluntad necesaria! ¡Haced algo, por favor! ¡Debéis dar con una solución que suponga la salvación de ambas razas! ¡Haced algo, por favor! ¡Mientras aún sois bastantes!

¡Mientras aún queda tiempo! ¡Haced algo! ¡Haced algo!»

Esa noche junto al lago Temenggor, me encontraba demasiado embriagado de sangre para cometer tales atrocidades con mi último festín; una desgraciada demacrada que estaba por lo menos igual de incapacitada que yo, aunque su dolencia era mental. Muchos de los refugiados sufrían una enfermedad que los humanos denominaban «neurosis de guerra». En muchos casos, sus cuerpos habían sobrevivido pero sus mentes no lo habían superado. Por culpa de los horrores de los que habían sido testigo, de las pérdidas que habían tenido que afrontar, muchas psiques se habían sumido simplemente en las simas del olvido. La mujer de la que me estaba alimentando era tan consciente de mi presencia como los submuertos. Mientas le abría las venas, profirió lo que únicamente pudo ser un leve suspiro de alivio.

Recuerdo el sabor extremadamente repulsivo de su sangre en mi lengua, pues esa mujer estaba delgada y famélica, y su sangre se encontraba contaminada por los residuos acumulados de celulitis que su propio organismo había digerido. Incluso me planteé dejarla a medio comer y buscar una cuarta víctima. Súbitamente, me distraje por culpa de una cacofonía de gritos y gemidos, mucho más intensos que antes, que procedían de la parte occidental del puente.

Los submuertos habían logrado atravesarlo. En cuanto vi lo que ocurría, abandoné el abrigo de la jungla. La barrera levantada por los humanos con coches volcados y escombros bullía de autómatas carnívoros. No sé si los que defendían la barricada se habían quedado sin balas o sin coraje. Lo único que sé es que vi cómo los humanos se retiraban ante aquella turbamulta. Cientos, quizá miles de esas criaturas superaron en tropel la barricada, aplastando a sus hermanos que se habían transformado en una rampa de carne comprimida.

Subí de un salto al puente y llamé a gritos a Laila, utilizando ese tono que únicamente es capaz de escuchar nuestra especie. Pero no recibí respuesta alguna. Observé detenidamente a esa multitud humana que huía, con la esperanza de poder discernir el aura de intenso color ámbar de Laila entre aquella muchedumbre de brillante color rosa humano. Nada. Había desaparecido. Ahí solo había diurnos desesperados y submuertos que avanzaban en oleadas aullando. Esa fue la primera vez que sentí esa emoción tan intensa que había olvidado hace mucho tiempo. No era ansiedad, pues esa sensación se había tornado muy familiar. Uno siente ansiedad cuando teme sufrir un posible daño; por culpa del fuego, de la luz del sol, o de algún nuevo invento biomecánico apocalíptico. Eso no era ansiedad. Pero tampoco era un

pensamiento consciente. Era algo primario e instintivo que me tenía atrapado como si fuera una garra invisible. Era algo que no había sentido desde que el corazón me había dejado de latir hace muchos siglos. Era una emoción humana. Era miedo.

He de reconocer que experimentar la sensación de que eres un espectador de tus propios actos es un fenómeno muy curioso. Recuerdo cada desgarro, cada golpe, cada segundo repleto de violencia que viví mientras me abría paso entre esa horda submuerta. Diez, once, doce... Vi cómo varios cráneos implosionaban y diversos cuellos se partían... Cincuenta y siete, cincuenta y ocho... Vi columnas vertebrales destrozadas, cerebros reventados, ciento cuarenta y cinco, ciento cuarenta y seis... Los conté todos, mientras las horas se prolongaban y los cadáveres se amontonaban. Mis actos de aquella noche pueden resumirse en una sola palabra: «determinación»; actué dejándome llevar, como un diurno con una de sus enormes máquinas. Avanzaba con suma determinación, sin ninguna inhibición o pausa, hasta que alguien me agarró de la mano. Retrocedí, me preparé para golpear y, entonces, mi mirada se encontró con la de Laila.

Le temblaban las manos, que se hallaban resbaladizas y negras por culpa de la putrefacción submuerta. Sus ojos ardían con una euforia animal.

—¡Mira! —me espetó, refiriéndose a los cientos de montículos silenciosos y mutilados que teníamos ante nosotros. Ahí no se movía nada, salvo unas cuantas cabezas separadas de sus troncos que seguían dando mordiscos a la nada. Laila levantó un pie por encima de una de esas calaveras que daban dentelladas al aire y, acto seguido, pisó con fuerza a la vez que profería un gruñido gutural—. Mira lo que hemos hecho... —exclamó, mientras la emoción de la revelación se iba acumulando en nuestros respectivos pechos—. ¡Mira lo que hemos hecho! —Laila, que estaba jadeando por primera vez desde hacía siglos, señaló la distante barricada que estaba siendo atravesada en esos momentos por una nueva oleada de submuertos—. Más. —Entonces, sus susurros subieron de intensidad hasta transformarse en rugidos—. Más. ¡Más! ¡Más!

Los días siguientes, yacimos moribundos. ¡¿Cómo íbamos a saber que los fluidos de los submuertos eran tan letales?! Su virulenta putrefacción había infectado nuestros organismos al adentrarse por las microfisuras que se nos habían abierto al combatir cuerpo a cuerpo. Tras haber matado a más de un millar esa noche, daba la impresión de que estábamos destinados a ser las últimas bajas de aquella batalla.

—Menos mal que os habíais alimentado antes —afirmó Nguyen, mientras se

acercaba a nuestro santuario envuelto en la oscuridad—. He descubierto que el único antídoto capaz de combatir la infección que sufrís es la sangre de sapiens —había traído consigo dos platos de comida; un varón y una hembra, ambos estaban atados y se retorcían y gritaban a pesar de hallarse amordazados—. Me he planteado silenciarlos —comentó—, pero he preferido optar por la pureza antes que la conveniencia. —A continuación, sostuvo el cuello de la hembra cerca de mis labios—. Además, el influjo de adrenalina acelerará vuestra recuperación.

—¿Por qué? —pregunté, sorprendido por la gran generosidad de Nguyen. El egoísmo es un rasgo normal entre los nuestros, tanto en cuestión de posesiones materiales como de sangre—. ¿Por qué nos has reservado estos bocados? ¿Por qué no...?

—Ambos sois famosos —les anunció con una emoción casi jovial—. Con lo que habéis hecho en el puente, con lo que ambos habéis logrado... ¡os habéis convertido en la fuente de inspiración de nuestra raza!

Pude notar que a Laila se le desorbitaban los ojos mientras se alimentaba glotonamente del varón. Antes de que alguno de los dos pudiera decir algo, Nguyen prosiguió:

—Bueno, al menos habéis inspirado a los miembros de nuestra especie que se encuentran en Penang. Aunque quién sabe qué estarán haciendo los nuestros o cualquier miembro de otra especie fuera de esta zona segura. Pero de eso ya nos ocuparemos más tarde. ¡Ahora mismo, lo más importante es que nos habéis demostrado que podemos hacer algo! ¡Nos habéis mostrado una solución, una vía de escape! ¡Ahora todos podremos contraatacar juntos! ¡Algunos ya han empezado a luchar! Estas tres noches, una decena, al menos, han superado las defensas humanas y han penetrado en el corazón mismo de las colosales turbamultas que se aproximan. ¡Miles de submuertos han caído! ¡Y millones más los seguirán!

No sé si fue por culpa de las palabras de Nguyen o del éxtasis que me proporcionó la sangre humana, pero lo cierto es que mis pensamientos se sumieron rápidamente en una euforia que me aletargó.

»¡Nos habéis salvado! —nos susurró a ambos al oído—. Habéis declarado la guerra.

La guerra comenzó cuando muchos de los nuestros decidieron seguir el ejemplo de lo que Laila y yo habíamos hecho en el lago Temenggor. Al menos, gracias a que nos habíamos expuesto de ese modo tan peligroso, lo cual estuvo a punto de acabar

siendo un error fatal, habíamos aprendido que debíamos protegernos las manos con guantes, o si no, debíamos enfundárnoslas con algún material impermeable. Algunos de los nuestros aprendieron a luchar solo con los pies, desarrollando así lo que los diurnos suelen llamar un «arte marcial». Estos «bailarines de cráneos» saltaban por encima de los submuertos, quienes intentaban inútilmente agarrarlos moviendo frenéticamente los brazos, y les aplastaban las cabezas como si estuvieran pisoteando un mar de huevos. Era una técnica de lucha elegante y letal y, a pesar de que no era un elemento especialmente importante dentro de nuestra estrategia bélica, si era uno de los pocos aspectos de nuestra cultura que se podía afirmar que era en verdad nuestro.

Por desgracia, había tantos «bailarines de cráneos» como «emuladores»; así llamábamos a aquellos de los nuestros que habían decidido armarse como si fueran diurnos. Los emuladores utilizaban inventos humanos para combatir; armas de fuego, espadas o porras. Se apoyaban en el argumento de que tales instrumentos eran más «eficaces» que nuestros cuerpos. Muchos escogían su arma según la era o el lugar donde hubieran vivido sus vidas previas. No era raro ver a antiguos chinos blandiendo una dadao ancha de dos manos o a un antiguo malayo llevando la tradicional Keris Sundag. Una noche, en las colinas de Cameron Highlands, fui testigo de cómo un antiguo occidental disparaba y cargaba a gran velocidad un oxidado mosquete Brown Bess[1] con disparador de pedernal en el percutor.

—Algunos hablan sobre Hércules; otros, sobre Alejandro—cantaba, mientras realizaba unos movimientos tan rápidos que acababa disparando con la misma velocidad que un rifle automático moderno—, aunque hay otros nombres tan grandes como estos, ¡como Héctor y Lisandro!

Si bien era un espectáculo realmente impresionante, no pude evitar preguntarme cuánta pólvora y munición debían quedarle. ¿De dónde narices las había sacado? Es más, ¿de dónde habían sacado todos ellos esas herramientas, y cuánto tiempo habían tenido que invertir para hacerse con ellas? ¿De verdad eran tan «eficientes», o simplemente trataban de cubrir una necesidad emocional inconsciente de volver a sentir los latidos de esos corazones deseosos de hacer cosas que una vez palpitaron en sus pechos?

Creo que esas mismas dudas también las despertaban otras camarillas de emuladores aún más fanáticas. A estos imbéciles los llamábamos «emuladores militarizados», ya que se organizaban en «grupos de asalto» cuasihumanos, en donde establecían rangos entre ellos y aprobaban nombramientos, e incluso creaban

protocolos como saludos o contraseñas de seguridad. En el espacio de un solo mes, varios de esos «grupos de asalto» surgieron en Penang y alrededores.

El más notable era «el mariscal de campo Peng» (aunque ese no era su nombre real) y su «Ejército de Sangre».

—Mientras hablamos, estamos dando los últimos retoques al plan que nos llevará a la victoria—me dijo una noche mientras señalaba un mapa del sudeste de Asia.

Como tanto a Laila como a mí todo aquello nos había despertado la curiosidad, decidimos hacerle una visita al «mariscal de campo», ya que albergábamos la esperanza de que quizá él tuviera una solución para nuestra precaria situación. Sin embargo, todas nuestras esperanzas se fueron al traste tras pasar veinte minutos en el «centro estratégico de mando». Por lo que pudimos ver, aquel ejército contaba con apenas seis miembros, que se arremolinaban en torno a una serie de mapas humanos, radiosatélites humanos y libros humanos que trataban temas militares. Todos ellos tenían un aspecto impresionante con esos uniformes negros con ribetes dorados y esas boinas de color rojo sangre; e incluso llevaban... y esto no lo escribo a modo de broma, gafas de sol humanas. Su gran locuacidad verbal era aún más impresionante que su aspecto. «Defensa estática», «Cuello de botella», «Buscar y destruir» y «Despejar, resistir y consolidar» son solo algunos de los términos que logramos entender entre esa vorágine de vocablos. El «mariscal», a pesar de hallarse de espaldas a ambos, debió de darse cuenta de las miradas de extrañeza que intercambiábamos entre nosotros, así como de cuál fue nuestra reacción ante su «Cuerpo de Operaciones Estratégicas».

—El ataque final tiene que ser decisivo —afirmó con confianza, a la vez que sonreía y asentía en dirección a sus hombres—. Por tanto, debemos dejar que un centenar de flores florezcan y que un centenar de escuelas de combate peleen.

—Ojalá contáramos con un centenar de cualquier cosa —suspiró Laila mientras nos despedíamos para siempre del «Ejército de Sangre», la «Milicia de los Colmillos», el «Ala Noctáctica» y otro puñado más de bandas de emuladores militarizados que solo eran capaces de protegernos de unas pocas gotas de la furiosa tormenta submuerta.

La gran ventaja de nuestro enemigo seguía siendo que nos superaban en número, así como en horas en que podían permanecer en activo. ¿Cuántos de ellos habían sorprendido a los nuestros comiendo, descansando o simplemente escondiéndose de los rayos del sol? El bando rival no tenía estos problemas. Mientras nosotros teníamos

que retirarnos cada vez que se alzaba el sol, esos cadáveres en descomposición continuaban avanzando, matando y multiplicándose. Cada turbamulta que destrozábamos era reemplazada a la noche siguiente por otra de manera instantánea. Cada kilómetro que limpiábamos en la oscuridad de la noche, acababa siendo invadido por una nueva infestación que la luz del nuevo día traía consigo. A pesar de nuestra tan cacareada superioridad física, a pesar de nuestra inteligencia supuestamente «superior», a pesar de que contábamos con la abrumadora ventaja de que nuestros adversarios ni siquiera podían percibirnos, luchábamos como si fuéramos unos desafortunados jardineros que tenían que enfrentarse a una plaga imparable.

No obstante, una de nuestras facciones sí podría haber sido capaz de mejorar nuestra situación, que respondía al nombre de las Sirenas. Estos audaces individuos habían asumido la responsabilidad de buscar a los nuestros por todo el mundo, para llevarlos a Penang con intención de coordinar nuestros esfuerzos de manera conjunta desde ahí. Las Sirenas creían que solo un verdadero ejército que contara con centenares de miembros de nuestra raza y que se concentrara en un lugar específico sería capaz de iniciar por fin la purga del planeta. Aunque aplaudí sus esfuerzos, tenía muy poca confianza en su éxito. Los medios y las rutas de transporte se habían venido abajo a nivel global, así que ¿cómo iba a recorrer alguno de nosotros más de unas pocas decenas de kilómetros, o como mucho cien, cada noche antes de que despuntara el alba al día siguiente? Aunque fueran capaces de dar con un refugio para protegerse del sol todas las mañanas, ¿serían capaces de encontrar también sustento? ¿De verdad podían creer que iban a poder vivir de lo que se encontraran por el camino, que se iban a topar con algún puesto avanzado humano aislado todas las noches? Incluso si algunas de las Sirenas tenían éxito a la hora de contactar con algunos de los nuestros, ¿cómo los iban a convencer de que Penang era un lugar más seguro que aquel donde se encontraban por aquel entonces? Además, ¿acaso era posible realizar un éxodo masivo hacia Penang? Si ya para uno solo de los nuestros resultaba casi imposible desplazarse por el globo, ¿cómo iba a hacerlo todo un supuesto «ejército»? Contra toda lógica, nunca perdí la esperanza de que alguna noche divisaría algún barco cerca de la costa, o alguna aeronave (si es que a alguno de los nuestros le daba algún día por aprender a pilotar) descendiera en picado de repente del cielo. A lo largo de todas esas noches de combates, seguí fantaseando con la idea de que, súbitamente, cientos de los nuestros se materializarían de la nada y surgirían

de la noche. Había visto casos similares a lo largo de la historia humana, en lugares como Stalingrado o el río Elba, donde los refuerzos habían acabado estrechando las manos y abrazando a las tropas que tanto los habían esperado. Para mí eran un símbolo de esperanza y de victoria. Sin embargo, cuando solía pensar en esas batallas a lo largo de mis intermitentes descansos, me sentía angustiado y atormentado pues temía que estuviera esperando en vano a las Sirenas.

Aunque había otras posibilidades, otras opciones que podían suponer nuestra salvación pero que conllevaban cometer un sacrilegio. Nuestra raza carecía de una «religión» en el sentido espiritual que le dan los diurnos. Del mismo modo, no nos regimos por un complejo código moral de conducta. Nuestro comportamiento solo está limitado por dos tabúes inviolables.

El primero consistía que solo podíamos crear a uno a nuestra imagen y semejanza. Esa era la razón por la que nuestras población no se había expandido con el paso del tiempo. Aunque nunca se había establecido un debate al respecto, este mandamiento debía de tener su base en la idea de equilibrio propia de todo depredador. Tal y como había señalado Nguyen, ni siquiera habríamos podido dejar un solo huevo en el nido si demasiados depredadores caminaran por la tierra. Era lo más lógico y razonable; de hecho, la plaga de submuertos había confirmado que la idea de equilibrio era acertada. Pero entonces nos enfrentábamos al inevitable triunfo de los submuertos, ¿por qué no podíamos, aunque solo fuera por esta vez, modificar nuestro antiguo canon de conducta?

Quizá había unos cien de los nuestros en Penang, la mayor concentración de nuestra raza en toda la historia. De esa cifra, quizá una cuarta parte había abandonado la zona como las Sirenas, mientras que otra cuarta parte había optado por centrarse en ejercicios militares masturbatorios e irresponsables. Por lo cual, a la hora de la verdad, solo contábamos con cincuenta combatientes capaces de luchar únicamente unas pocas horas cada noche antes de que el hambre, la fatiga y la llegada del alba nos obligara a retirarnos. A pesar de que en nuestras matanzas nocturnas acabábamos con ellos a millares, el enemigo poseía la capacidad de propagarse por millones.

No obstante, podríamos haber corregido esa ecuación con la cantidad justa de diurnos transformados. Podríamos haberlos escogido cuidadosa y prudentemente, añadiendo solo los refuerzos necesarios para no desequilibrar el balance entre nuestra manada y el rebaño. Podríamos haber creado un ejército lo bastante grande como para limpiar la península malaya y, luego, el sudeste de Asia, y a partir de ahí, ¿quién sabe?

De ese modo, quizá habríamos podido dar a los humanos el espacio que necesitaban para tomarse un respiro, para poder reunir recursos suficientes como para acabar de purgar el planeta sin necesidad de nuestra ayuda. Pese a que tuvimos esa oportunidad al alcance de la mano, a ninguno de nosotros se nos ocurrió jamás aprovecharla.

Del mismo modo, nuestro segundo precepto seguía estando fuera de toda discusión: no podíamos establecer contacto directo y abierto con la humanidad. Al igual que sucedía con las limitaciones en materia de reclutamiento de nuevos miembros, la necesidad de mantener el anonimato se basaba en el lógico deseo de querer sobrevivir. Como depredadores que somos no podemos revelar nuestra presencia a nuestras presas, ¿verdad? ¿Acaso deseamos compartir el mismo destino que el tigre de dientes de sable, los osos de cara corta, o toda una serie de grandes depredadores que en su día se daban festines con huesos humanos? A lo largo de la historia de la humanidad, nuestra existencia ha quedado relegada al espacio de los mitos y las parábolas para niños. Incluso entonces, en medio de nuestra lucha en paralelo por sobrevivir, seguimos esforzándonos por ocultar nuestras batallas de los ojos curiosos de los diurnos.

Pero ¿y si hubiéramos abandonado por fin este acertijo y hubiéramos revelado nuestra existencia a nuestros desprevenidos aliados? Tampoco habría sido necesario exponernos del todo. Podríamos haber ignorado a la plebe y haber contactado solo con unos pocos, con los más brillantes. Si no era con el gobierno malasio, quizá con otros que operaban «en el exilio» por toda la región. Debía de haber todavía, algunas zonas seguras cercanas como la nuestra y algunos líderes humanos dispuestos a llegar a un entendimiento mutuo. No les habríamos pedido mucho a cambio, solo el derecho a continuar cazando como antes. Además, los líderes homo sapiens nunca se han mostrado reticentes a sacrificar a su propia gente. Quizá incluso habríamos negociado el establecimiento de una serie de fronteras y límites concretos y nos habríamos alimentado de ciertos refugiados que lo habían perdido ya todo en la vorágine. ¿Quién iba a llorar su muerte, o siquiera darse cuenta de que ya no estaban en este mundo? Tal vez los más lúcidos se habrían entregado voluntariamente. El sacrificio por los demás no era un fenómeno nuevo entre los diurnos. Algunos podrían haberse enorgullecido de haber derramado su sangre, literalmente, por la supervivencia de su especie. ¿Acaso habría sido un precio demasiado alto a pagar por la subsistencia de su raza? ¿Acaso nuestra raza hubiera corrido demasiado riesgo al hacerles esta propuesta? Al igual que sucede con la regulación de reclutamiento, nadie ha desafiado

esta ley sacrosanta jamás, que yo sepa. Resulta un triste consuelo saber que la cobardía no es una vulnerabilidad única de nuestras especies. En mi corta vida, he visto demasiados corazones, tanto de la noche como del día, que carecían del coraje suficiente como para cuestionarse sus convicciones. Ahora me cuento entre los culpables que decidieron optar por una extinción segura en vez de por la opaca posibilidad de «¿Por qué no hacemos algo?».

El día en que Perai cayó, yo dormía un sueño sin sueños. Se trataba del lugar donde se encontraba la mayor concentración de campos de refugiados de toda la zona de seguridad de Penang, por esa razón algunos de nosotros nos habíamos establecido al otro lado del río, en Butterworth. Aún seguía siendo relativamente fácil encontrar comida en la zona de seguridad del continente, no como en la isla de Penang donde el gobierno había sido capaz de imponer la ley marcial. Todas las noches renovábamos nuestras fuerzas para la batalla, gracias a la fuente de sangre carmesí que nos proporcionaba Perai; la última base donde todavía se fabricaban municiones, con las que los humanos aún resistían.

Cuando tuvo lugar la explosión, me encontraba descansando profundamente tras nuestra batalla más feroz hasta la fecha. Tres decenas de los nuestros nos habíamos encaramado sigilosamente al muro de los diurnos, que estaba situado junto al estrecho río Juru, para atacar el corazón de una turbamulta que avanzaba a trompicones hacia Tok Panjang. Habíamos regresado agotados y descorazonados, pues apenas logramos contener su incesante empuje en dirección a los humanos. Desde ese piso de finas paredes del que nos habíamos apropiado por la fuerza, pudimos escuchar un conjunto de gemidos que se alzaban junto a la brisa matutina.

—Mañana por la noche será distinto —me aseguró Laila—. Los diurnos todavía cuentan con el río Juru como barrera natural para impedir su avance y, a cada día que pasa, el muro es cada vez un poco más alto.

No estoy seguro de si me creí lo que decía, pero sí sé que estaba demasiado cansado como para discutir. Caímos rendidos en brazos el uno del otro mientras el alba despuntaba sobre esa amenaza que se iba acercando cada vez más.

Me desperté volando por los aires, ya que la onda expansiva me lanzó contra la pared opuesta del dormitorio. Medio segundo después, sentí como si una veintena de hierros al rojo vivo me estuvieran marcando la piel de repente. La detonación había hecho añicos las ventanas, y los fragmentos de cristal habían hecho jirones las cortinas con las que nos protegíamos del sol. Rodé por el suelo, cegado por la luz del día y

jadeando por culpa de las heridas humeantes que acababa de sufrir, mientras buscaba desesperadamente a Laila. Ella dio conmigo primero; me agarró de la cintura y me subió a uno de sus hombros.

—¡No te muevas! —me gritó y, acto seguido, me puso una capa sobre la cabeza.

Sentí que Laila saltaba, oí el estallido de unos cristales al romperse y, a continuación, nos hallábamos sobre el suelo de hormigón, seis pisos más abajo. Laila salió corriendo rápida como el rayo, y sus pisadas retumbaron en medio de un mar de fragmentos de cristal y escombros.

—¿Qué...? —logré preguntar con voz ronca.

—¡Las fábricas! —respondió Laila—. Se ha desatado un incendio... accidentalmente... ¡Están aquí! ¡Están por todas partes!

Pude percibir el olor a carne quemada. ¿Cuántas partes de su cuerpo habían quedado expuestas al sol? ¿Cuánto tiempo le quedaba antes de calcinarse? Esos tres segundos que transcurrieron antes de volver a notar que saltaba se me hicieron eternos. La fuerza con la que Laila me agarraba menguó repentinamente en cuanto un frío y duro chapoteo nos separó.

La capa se alejó de mi rostro flotando. Lo que hasta entonces solo habían sido unas pequeñas heridas abrasadoras se habían transformado en un único tormento calcinante. Pude ver que Laila nos había arrastrado hasta el estrecho de Malaca y que me llevaba agarrado de la mano hacia los espacios envueltos en sombras que se encontraban bajo los barcos anclados. Había muchas naves con sus depósitos de combustible vacíos y las cubiertas estaban a rebosar de refugiados. Desde allá abajo, tenían el mismo aspecto que las nubes debían de tener para los diurnos. Entonces, encontramos un lugar donde descansar bajo la semioscuridad de un petrolero, que, de un modo un tanto irónico, se hallaba anclado sobre un bote de recreo hundido. Nos sentamos y apoyamos la espalda contra el casco roto del yate; ambos nos hallábamos tan conmocionados y agotados que ni siquiera nos estremecimos. Solo cuando la sombra se desplazó y nos obligó a cambiar de posición, me di cuenta de la gravedad de las heridas de Laila.

Tenía casi todo el cuerpo abrasado. ¡Cuántas veces le había advertido de que no debía dormir desnuda! Clavé la mirada en esa máscara horrorosa que había sido su rostro, cubierto por una nube de partículas calcinadas que se separaban perezosamente de sus blancos huesos. Siempre había sido tan vanidosa, siempre había estado tan obsesionada con su inmaculada belleza. Por eso había acudido a nosotros hace tantos

siglos, porque su peor pesadilla siempre había sido perder su hermosura. Di gracias al agua del mar por disimular mis lágrimas. Me obligué a esbozar una sonrisa valiente y rodeé con un brazo su hombro casi esquelético. Mientras se estremecía bajo ese abrazo, alzó un brazo negruzco y carbonizado para señalar en dirección a la playa de Perai.

Los submuertos se acercaban y emergían de la niebla que surgía del cieno. No se percataron de nuestra presencia, por supuesto, y pasaron junto a nosotros sin inmutarse lo más mínimo. La isla de Penang, el último refugio humano, era su único objetivo. Los observamos en silencio, pues estábamos tan débiles que ni siquiera éramos capaces de apartarnos de su camino. Uno de ellos se acercó lo bastante como para tropezarse con la pierna que yo tenía estirada. Cayó a cámara lenta y extendí el brazo que me quedaba libre para cogerlo. No estoy muy seguro de por qué hice eso, ni tampoco Laila lo comprendió. Me miró desconcertada, y yo respondí encogiéndome de hombros tan confuso como ella. Los restos quemados y agrietados de sus labios se curvaron para dibujar una sonrisa, de tal modo que su labio inferior se partió en dos, pero fingí que no me había dado cuenta. Le devolví la sonrisa y la abracé con más fuerza si cabe. Permanecimos sentados sin mover ni un músculo, mientras observábamos cómo desfilaba esa cabalgata de cadáveres hasta que la superficie del océano de azul pasó a naranja, luego adoptó una tonalidad morada y, por último, se tornó negra.

Nos acercamos a la orilla varias horas después de ponerse el sol y nos adentramos en las fauces de una batalla atroz. Me tocaba a mí llevar a Laila, que se me agarró al cuello, cojeando y temblando, mientras esprintábamos para dejar atrás la refriega que tenía lugar en la cabeza de aquella playa. Di con una madriguera profunda y segura entre las ruinas de la derruida torre Komptar de Georgetown. Era inaccesible tanto para los diurnos como para la luz del día, y eso era a lo máximo que podíamos aspirar. Laila se tumbó sobre su espalda en silencio mientras el humo se alzaba perpetuamente de sus heridas, lo único que podía hacer para reconfortarla era sostener los restos destrozados de su mano y susurrarle una nanas que apenas recordaba de una infancia lejana y casi olvidada.

Siete noches permanecimos recluidos en nuestra destartalada madriguera, donde Laila se recuperaba lentamente mientras yo salía en busca de sangre después del anochecer. Todavía quedaban unos cuantos humanos vivos en Penang, quienes luchaban valientemente contra una oleada tras otras de submuertos que surgían

incesantemente del mar. Esas noches fueron testigo de lo mejor de su especie y de lo peor de la nuestra.

No hay nada peor que ser testigo de cómo uno de los tuyos mata a otro. La víctima era más pequeña y débil. Por lo que pude ver, fue asesinada por un macho más grande por una disputa por un bocado que apenas permanecía consciente. ¿Estaban locos? Aún quedaban bastantes diurnos vivos. ¿Por qué se habían peleado por ese en concreto? Porque estaban locos. Las mentes de muchos humanos se habían derrumbado ante la presión, así que ¿por qué íbamos a ser nosotros distintos? Fui testigo de diversos asesinatos más a lo largo de aquellas siete noches, incluido uno que tuvo lugar sin ninguna razón que lo justificase aparentemente. Se trataba de dos machos de fuerzas parejas que se estaban destrozando y mordiendo mientras intentaban arrancarse el corazón mutuamente. En ese momento, creí ser capaz de ver su locura; se trataba de una entidad viva compuesta de pura demencia que enfrentaba a mis hermanos unos contra otros como si fueran los soldaditos de juguete de un niño sádico. Más tarde, llegué a preguntarme si aquel duelo en vez de ser un homicidio no era más bien un suicidio mutuamente acordado.

El suicidio no era un fenómeno nuevo entre los míos. La inmortalidad siempre trae consigo la desesperación. Una vez cada siglo, más o menos, se escuchan historias de que alguno de los nuestros «se metió voluntariamente en una hoguera». Jamás había sido testigo de algo así. Pero me había convertido en un espectador nocturno privilegiado de tales desgracias. Envuelto en lágrimas o sumido en el silencio, observé cómo muchos de mi especie, unos especímenes hermosos y fuertes que parecían invencibles, se adentraban en edificios en llamas. También fui testigo de diversos «suicidios con submuertos», pues varios de mis amigos clavaron sus colmillos voluntariamente en la pútrida carne de esa plaga con patas. Si bien sus aullidos de agonía me torturaban a lo largo de las horas que pasaba caminando, nada me desgarró más el corazón que lo que viví la noche en que me encontré con Nguyen.

Iba paseando, si se podía llamar pasear a lo que Nguyen estaba haciendo, por el medio de la calle Macallister, entre restos de submuertos y de cadáveres de diurnos. La expresión que había dibujada en su rostro transmitía serenidad y quizá felicidad. Al principio, no pareció darse cuenta de que yo estaba ahí. Tenía la mirada clavada en la luz del sol que emergía por el este.

—¡Nguyen! —grité nervioso, pues no deseaba perder más tiempo y quería volver a «casa». Cada vez resultaba más difícil encontrar comida y estaba ansioso por volver

junto a Laila con mi presa antes de que el sol se alzara. Entonces, alzó la mirada justo cuando se hallaba sobre las ruinas de una antigua mezquita y me saludó amistosamente con la mano—. Pero ¿qué estás...? —acerté a decir, pero enseguida me acalló con su respuesta.

—Camino hacia el alba —por su tono de voz se podía deducir perfectamente lo que iba hacer a continuación—. Simplemente, camino hacia el alba.

No le mencioné lo que había visto a Laila, ni le conté nada sobre los horrores que tenían lugar más allá de nuestra pequeña cueva. Mientras se alimentaba de ese sustento que apenas respiraba ya, me obligué a esbozar una sonrisa lo más amplia posible y repetí las palabras que había ensayado mentalmente.

—Saldremos de esta —le aseguré—. Sé cómo lo vamos a lograr.

La idea se me ocurrió el día en que acabamos bajo aquel barco, y había ido cobrando forma con rapidez durante las últimas noches.

—Nos convertiremos en ganaderos —dije, y entonces Laila frunció el ceño, cuyas cejas aún se estaban recuperando, extrañada—. Así fue como los diurnos se convirtieron en la especie dominante del planeta. En cierto momento, pasaron de cazar animales a domesticarlos. ¡Eso es lo que vamos a hacer! —Antes de que ella pudiera decir nada, coloqué una de mis manos sobre esos labios que se regeneraban—. ¡Piénsalo! Todavía hay cientos de naves por ahí que deben de albergar a miles de diurnos. Lo único que tenemos que hacer es tomar uno de esos barcos por la fuerza. Llevaremos el ganado a alguna isla perdida. Hay millones de islas por aquí cerca. ¡Lo único que tenemos que hacer es encontrar una lo bastante grande como para construir un rancho de diurnos! ¡Quizá incluso ya haya algún rancho en algunas de esas islas! Bueno, los humanos no los consideran ranchos sino refugios. Pero ¡espera a que lleguemos ahí! Con una sola noche plagada de violencia, nos bastará para eliminar a los machos alfa del rebaño y el resto obedecerá como corderos. ¡Han pasado tantas penalidades que estarán ya lo bastante maduros como para pasar a ser nuestro ganado! ¡Comenzaremos a criar diurnos! Nos desharemos de los más problemáticos y engordaremos y maniataremos a los más sumisos. Con el paso del tiempo, incluso podríamos lograr que menguara su inteligencia. ¡Tenemos todo el tiempo del mundo en nuestras manos! Los submuertos no durarán siempre, ya has visto cómo se pudren, ¿eh? ¿Eh? ¿Cuánto tiempo durarán, unos cuantos años, unas pocas décadas? Esperaremos, sanos y salvos en nuestra isla de coral, autoabasteciéndonos con nuestros suministros de sangre... o mejor, mucho mejor... ¡Podríamos ir a Borneo o

Nueva Guinea! ¡Todavía debe de haber por ahí algunas tribus humanas a las que este holocausto no ha afectado! ¡Podremos convertirnos en sus reyes, en sus deidades! ¡Ni siquiera necesitaremos cuidarlos, ni matarlos, lo harán ellos mismos por amor a sus nuevos dioses! ¡Sí, podemos hacerlo! ¡Ya lo verás! ¡Podemos y lo haremos!

En esos momentos, creía de verdad en todo lo que acababa de propugnar. No sabía cómo íbamos a arreglárnoslas para dar con un barco y capturarlo o para localizarla una isla y controlarla, pero eso daba igual. No sabía cómo íbamos a ingeniárnoslas para mantener a ese «rebaño» místico de diurnos cautivos, o sanos, o bien alimentados, pero eso daba igual. Se me acababa de ocurrir la posibilidad de ir a Borneo o Nueva Guinea, así que todos esos detalles me parecían incluso más triviales que la idea de convertir a los humanos en ganado. Lo único que importaba era que deseaba creer en mí mismo con todas mis fuerzas, así como deseaba con todas mis ganas que Laila creyera en mí.

Debería haberme dado cuenta entonces de lo mucho que se parecía la sonrisa que Laia había dibujado en su rostro a la de Nguyen. Debería haberla detenido en ese instante, valiéndome de acero, hormigón o incluso de mi propio cuerpo. No debería haberme dormido aquel día. Como tampoco debería haberme sorprendido al toparme con lo que me topé a la noche siguiente. Laila, mi hermana, mi amiga, mi hermoso y fuerte cielo nocturno eterno. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que éramos solo unos niños que poseían unos corazones palpitantes, y jugábamos y reíamos bajo el calor del sol del mediodía? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que decidí seguirla a la oscuridad? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la siguiera a la luz?

Ahora las noches son muy tranquilas. Hace mucho que los gritos y fuegos se han apagado. Los submuertos están ahora por todas partes, caminan arrastrando los pies sin rumbo hasta allá donde alcanza la vista. Han pasado casi tres semanas desde que cacé a los últimos humanos que quedaban en la ciudad, y casi cuatro meses desde que mi amada Laila se transformó en cenizas. Al menos, mi idea de los ranchos ha cobrado forma en cierto modo. Todavía quedan algunos diurnos en los barcos que hay anclados por aquí cerca, que sobreviven a base de pescado y agua de lluvia, que albergan aún la esperanza de que acaben siendo rescatados. Aunque me alimento de la manera más moderada posible, el número de humanos sigue menguando. He calculado que me quedan unos pocos meses más, como mucho, antes de que deje pálido y seco al último de ellos. Aunque contara con la mitad de los conocimientos necesarios, o de la voluntad requerida, para llevar a cabo mi plan de domesticación,

no quedarían bastantes como para tener un rebaño estable. La realidad puede llegar a ser una maestra muy cruel, y tal y como Nguyen dijo una vez: «He hecho los cálculos».

Tal vez algunos de mi raza hayan emprendido unos proyectos semejantes de «ganadería». Tal vez algunos hayan logrado llevarlos a buen puerto. El mundo se ha transformado de repente en un lugar muy, pero que muy grande, y a lo largo de su vasto horizonte, siempre se despliegan un montón de posibilidades. Supongo que podría intentar buscar esas colonias de supervivientes si me llevo a un par de diurnos maniatados bajo el brazo. Tal vez encuentre la manera de mantenerlos con vida por un tiempo si les doy agua y comida; podría encadenarlos durante el día mientras yo descansaba en una madriguera. Recuerdo que uno de las Sirenas planteó esa misma estrategia para poder realizar su viaje. Si raciono las provisiones con cuidado y viajo a máxima velocidad, podría llegar a recorrer una buena distancia. Pero el temor a lo que podría descubrir ahí fuera es lo que me mantiene atrapado en la isla de Penang. Al menos, uno puede fantasear mientras sigue sumido en la ignorancia; y en estas noches, la imaginación es lo único que me queda.

En mis ensoñaciones, unos cadáveres repugnantes que aún son capaces de moverse no heredan la tierra. En mis fantasías, los hijos de la noche y el día sobreviven el tiempo suficiente como para que los submuertos se conviertan en polvo. Por eso he preservado estos recuerdos, en papel, madera e incluso cristal, emulando así a una «novela apocalíptica» humana que leí. En mis fantasías, no malgasto mis últimas noches enredado en infructuosas divagaciones maltusianas. Espero que mis palabras sirvan como guía, como advertencia y como medio de salvación para la raza conocida por todos como la raza vampira. Pues no soy el último destello de una luz que ha dejado que la apagaran. Pues no soy el último que baila en el desfile hacia la extinción.

La Gran Muralla: Una historia de la guerra Zombi

[La siguiente entrevista fue realizada por el autor en cumplimiento de las obligaciones que le asignó oficialmente la Comisión de las Naciones Unidas en cuestión de recopilación de datos tras la guerra. Aunque algunos fragmentos han aparecido en informes oficiales de la ONU, esta entrevista fue omitida totalmente en la publicación personal de Brooks, que ahora se conoce como Guerra Mundial Z, debido a un fallo burocrático de los archivistas de la ONU. El texto siguiente es un relato realizado en primera persona por una superviviente de esa gran crisis a la que muchos hoy en día denominan simplemente «La Guerra Zombi».]

LA GRAN MURALLA:
SECCIÓN 3947-B, SHAANXI, CHINA

[Liu Huafeng comenzó su carrera profesional como dependienta en los grandes almacenes de Takashimaya en Taiyun y ahora es dueña de una pequeña tienda desde la que se puede ver aún su antiguo lugar de trabajo. Este fin de semana, tal y como sucede todos los primeros fines de semana de cada mes, tiene que cumplir con sus obligaciones como miembro de la reserva. Armada con una radio, una pistola lanzabengalas, unos prismáticos y un «dadao», una versión moderna del tradicional sable chino, patrulla los cinco kilómetros que le han asignado de La Gran Muralla con solo «el viento y los recuerdos» como compañía.]

Esta sección de la Muralla, esta sección en la que yo trabajé, se extiende desde Yulin a Shemnu. Fue erigida por la dinastía Xia y se construyó con arena compacta y tierra mezclada con juncos, y se cubrió por ambos lados con una gruesa capa exterior de ladrillo de adobe cocido. Esta parte de la Muralla nunca aparecía en las postales de los turistas. Nunca pudo rivalizar con las secciones hechas en la era Ming y sus icónicas piedras que recuerdan a la «columna de un dragón». Esta parte era muy poco llamativa y meramente funcional; además, para cuando iniciamos la reconstrucción, prácticamente había desaparecido por entero.

Miles de años de erosión, tormentas y desertificación le habían pasado factura de manera drástica. Asimismo, había sufrido las consecuencias del «progreso» humano de un modo igualmente destructivo. A lo largo de los siglos, la gente de los alrededores se había llevado (o más bien robado) sus ladrillos para usarlos como

material de construcción. Además, habían construido una carretera moderna que también había hecho mella en ella, ya que habían derribado secciones enteras que interferían de manera «vital» con el tráfico. Y, por supuesto, ese proceso de desgaste que la naturaleza y el progreso en tiempos de paz habían iniciado fue completado en el transcurso de varios meses por la crisis, la plaga y la subsiguiente guerra civil. En algunos sitios, lo único que quedaban eran pequeñas colinas de relleno compactado derruidas. En muchos lugares, no quedaba nada de nada.

Ignoraba que el gobierno había diseñado un nuevo plan para restaurar la Gran Muralla con el fin de poder defender la nación. Al principio, ni siquiera sabía que yo iba a formar parte de ese proyecto. Aquellos primeros días, había tanta gente diferente por aquí, gente que hablaba idiomas o dialectos locales que para mí tenían tanto sentido como el canto de los pájaros pues no entendía nada. La noche que llegué, lo único que se podía ver eran las antorchas y los faros encendidos de algunos coches estropeados. A esas alturas, llevaba ya nueve días caminando. Estaba cansada, asustada. Al principio, no sabía con qué me había topado, solo sabía que esas siluetas que correteaban de aquí para allá por delante de mí eran humanas. No sé cuánto tiempo permanecí ahí sin hacer nada, pero, entonces, alguien que pertenecía a una cuadrilla de trabajo me vio. Se me acercó a todo correr y se puso a hablar animadamente conmigo. Intenté hacerle entender que no comprendía lo que decía. Se sintió muy frustrado y, al final, señaló hacia algo que se encontraba a sus espaldas y se extendía de izquierda a derecha en la oscuridad, que parecía ser una obra donde reinaba un intenso ajetreo. Una vez más, negué con la cabeza y me señalé las orejas mientras me encogía de hombros como una tonta. Aquel hombre suspiró furioso y, a continuación, alzó una mano en dirección hacia mí. Entonces, me di cuenta de que sostenía un ladrillo. Como pensé que me iba a golpear con él, retrocedí. Acto seguido, me lanzó el ladrillo a las manos, señaló a la obra y me empujó en esa dirección.

En cuanto me hallé tan cerca del obrero más próximo que con solo estirar el brazo habría podido tocarlo, este me quitó el ladrillo de las manos. Como aquel obrero era de Taiyuan, pude entenderlo con claridad.

—Bueno, ¿a qué cojones estás esperando? —me espetó—. ¡Necesitamos más! ¡Vamos! ¡Vamos!

Y así fui «reclutada» para trabajar en la nueva Gran Muralla China.

[En este instante, Liu hace un gesto para señalar una edificación uniforme de hormigón.]

Aunque a lo largo de esa primera primavera en que reinó la desesperación, nunca tuvo para nada este aspecto. Lo que ves ahora aquí es el resultado de las posteriores renovaciones y obras de refuerzo que se han hecho siguiendo los últimos estándares de construcción de posguerra. Por aquel entonces, no contábamos con este tipo de materiales. La mayoría de las infraestructuras que podían garantizar nuestra supervivencia se encontraban al otro lado del muro, en el lado equivocado.

¿En la parte sur?

Sí, en la parte que solía ser la más segura, porque la Muralla... en realidad, todas las secciones de la Muralla, las construidas desde la dinastía Xia a la Ming, siempre había tenido como misión proteger ese lado. Esta Muralla solía ser una frontera que separaba a los que tenían algo de los que no tenían nada, a la prosperidad del sur de la barbarie del norte. Incluso en tiempos modernos, sobre todo en esta parte del país, casi toda nuestra tierra cultivable, así como nuestras fábricas, carreteras, líneas de ferrocarril y pistas de aterrizaje, es decir, casi todo lo que necesitábamos para poder llevar a cabo una tarea tan descomunal se encontraba en el lado equivocado.

Tengo entendido que, durante la evacuación, cierta maquinaria industrial se trasladó al norte.

Solo lo que se pudo transportar a pie y únicamente lo que se encontraba en las inmediaciones de la obra. No se pudo traer nada que estuviera a más de, pongamos, veinte kilómetros, nada que estuviera situado más allá de las líneas de batalla cercanas o de las zonas aisladas en lo más profundo del territorio infestado.

Lo más provechoso que pudimos obtener de las ciudades cercanas fueron los materiales que se usaban para construir las propias ciudades: madera, metal, bloques de hormigón y ladrillos; algunos de esos ladrillos eran los mismos que se habían robado de la Muralla en su día. Todo eso se utilizó en ese demencial amasijo y se mezcló con todo lo que pudimos improvisar rápidamente en la obra. También aprovechamos la madera del proyecto de reforestación de la Gran Muralla Verde[2], así como trozos de muebles y de vehículos abandonados. Incluso la arena del desierto que pisábamos la mezclamos con escombros para que formara parte del material central de la Muralla, o si no, la refinábamos y calentábamos para fabricar bloques de cristal.

¿Cristal?

Sí, muy grandes, como... [Liu dibuja una forma imaginaria en el aire, de apenas veinte centímetros de largura, anchura y profundidad]. La idea se le ocurrió a un ingeniero de Shijiazhuang. Antes de la guerra, había sido el dueño de una fábrica de

vidrio. Se dio cuenta de que los recursos más abundantes en esta provincia eran el carbón y la arena, así que ¿por qué no aprovecharlos? De un día para otro, se levantó una colosal industria, con el fin de fabricar miles de esos ladrillos enormes que no eran transparentes precisamente. Como eran gruesos y pesados, un zombi no podía atravesarlos con sus blandos puños. Solíamos decir que eran «más fuertes que la carne», aunque, para nuestra desgracia, también eran mucho más afilados... a veces, los ayudantes del vidriero se olvidaban de limar los bordes antes de entregárnoslos para que nos los lleváramos.

[En ese instante, posa su mirada sobre la mano con la que agarra la empuñadura de la espada, cuyos dedos permanecen curvados a modo de garra. Una cicatriz blanca y profunda recorre toda la palma de esa mano.]

No sabía que debía protegerme las manos. Me hice un tajo que me llegó hasta el hueso, me corté los nervios. No sé cómo no morí de una infección; aunque muchos otros sí lo hicieron.

La desesperación dominaba nuestras crueles existencias. Sabíamos que, día tras día, las hordas del sur se iban acercando más y más, y que con cada segundo que nos retrasáramos, estábamos poniendo en peligro todo aquel tremendo esfuerzo. Dormíamos, si es que lográbamos dormir, en el mismo lugar donde trabajábamos. Comíamos donde trabajábamos, meábamos y cagábamos allá donde trabajábamos. Los niños... los «Recogedores de Excrementos» se acercaban a todo correr con un cubo y esperaban a que acabáramos de hacer nuestras necesidades, o si no, recogían los excrementos que ahí habían quedado. Trabajábamos como animales, vivíamos como animales. Cuando duermo, sueño con ese millar de rostros que pertenecían a la gente con la que trabajaba pero que nunca llegué a conocer a fondo. No era un buen momento para las relaciones sociales. Nos comunicábamos, principalmente, gesticulando con las manos y a través de gruñidos. Cuando sueño, intento sacar tiempo para hablar con aquellos que trabajaban junto a mí, les pregunto su nombre y les pido que me cuenten su vida. Se suele decir que los sueños son en blanco y negro. Quizá eso sea cierto, quizá solo recuerde los colores a posteriori, como el color claro del flequillo de una chica cuyo pelo había estado teñido alguna vez de verde, o el color rosa del albornoz sucio de mujer con el que un frágil anciano, vestido con un andrajoso pijama de seda, se protegía del frío. Veo sus rostros casi todas las noches, veo únicamente los rostros de los caídos.

Muchos murieron. A veces, alguien que estaba trabajando a mi lado se sentaba,

solo por un momento para recuperar el aliento, y nunca volvía a levantarse. Se puede decir que contábamos con lo que se podría describir como un destacamento médico, aunque en realidad solo eran unos camilleros. A la hora de la verdad no podían hacer nada salvo intentar llevar a los moribundos al puesto de socorro. No obstante, la mayoría de las veces llegaban tarde. Su sufrimiento era una losa sobre mi conciencia, y una inmensa sensación de vergüenza me embargaba todos los días.

¿De vergüenza?

Cuando se quedaban sentados, o yacían a tus pies... sabías que no podías dejar de hacer lo que estabas haciendo, ni siquiera para mostrarles un poco de compasión, ni para decirles unas breves palabras de consuelo, ni siquiera para hacerles al menos más llevadera la espera hasta que llegaran los médicos. Además, todos sabíamos que lo único que querían era lo único que todos queríamos: agua. El agua era un bien muy valioso en esta parte de la provincia, pues casi toda la que teníamos se utilizaba para mezclar los ingredientes necesarios para hacer mortero. Nos daban menos de medio vaso al día. Yo llevaba mi agua en un botellín de soda de plástico reciclado que llevaba atado al cuello. Teníamos órdenes estrictas de no compartir nuestra ración con los enfermos y heridos, ya que la necesitábamos para poder seguir trabajando. Entendía la lógica de esa orden, pero era muy duro ver a alguien destrozado y hecho un ovillo entre las herramientas y los escombros cuando uno sabía que lo único piadoso que se podía hacer ya por él era darle un sorbito de agua...

Me sentía culpable cada vez que pensaba en ello, cada vez que saciaba mi sed, sobre todo, porque cuando me tocó a mí morir, resultó que, por pura casualidad, me encontraba cerca del puesto de socorro. Me habían asignado a la zona donde trabajábamos con el cristal, formaba parte de la larga cinta transportadora humana que salía de los hornos para luego volver a terminar en ellos. Llevaba en el proyecto de reconstrucción poco menos de dos meses; estaba hambrienta, tenía fiebre y pesaba menos que los ladrillos que colgaban a cada extremo de la barra que sostenía. Mientras me giraba para pasar los ladrillos, tropecé y me caí de cara al suelo; pude sentir cómo se me rompían ambas paletas frontales y noté un regusto a sangre en la boca. Cerré los ojos y pensé: «Ha llegado mi hora». Estaba lista. Quería que aquello acabase. Si los camilleros no hubieran pasado justo en ese momento junto a mí, se habría cumplido mi deseo.

Durante tres días, viví avergonzada; descansé, me lavé y bebí toda el agua que quise mientras otros seguían sufriendo en la Muralla a cada segundo que pasaba. Los

médicos me dijeron que debía quedarme unos cuantos días más, los mínimos necesarios para que mi organismo pudiera recuperarse. Les habría hecho caso si entonces no hubiera escuchado los gritos de un camillero que se hallaba en la entrada de la cueva.

—¡Bengala roja! —chillaba—. ¡Bengala roja!

La bengalas verdes indicaban que se estaba produciendo un asalto; la roja, que el enemigo estaba atacando en tropel. Las rojas no habían sido muy habituales hasta entonces. Solo había visto una y había sido a lo lejos, cerca de la frontera norte de Shemnu. Por entonces, sin embargo, venían en masa una vez a la semana cuando menos. Salí a toda velocidad de la cueva y seguí corriendo hasta llegar a mi sección, justo a tiempo de ver cómo esas putrefactas cabezas y manos se asomaban por las murallas sin acabar.

[Nos detenemos. Liu contempla las piedras del suelo.]

Fue aquí, aquí mismo. Pisotearon a sus camaradas caídos y los utilizaron a modo de rampa para poder sortear la murallas. Los obreros intentaban impedir su avance con todo lo que tenían a mano; con herramientas y ladrillos, incluso con sus propios pies y puños. Entonces, cogí un pisón, un utensilio que se usa para compactar la tierra. El pisón es un artilugio bastante grande que es muy difícil de manejar, consiste en una vara metálica de un metro con un manubrio en un extremo y una piedra muy pesada, enorme y cilíndrica en el otro. Solo los hombres más corpulentos y robustos de nuestra cuadrilla utilizaban el pisón. No sé cómo logré alzarlo, ni apuntar y golpear con fuerza con él, una y otra vez, las cabezas y caras de los zombis que tenía debajo...

Se suponía que los militares tenían que protegernos de los ataques en masa como ese, pero, por aquel entonces, no contaban con soldados suficientes.

[Me acerca hasta las almenas y señala hacia algo situado apenas a un kilómetro al sur de donde estamos.]

Ahí.

[En la lejanía, solo puedo distinguir un obelisco de piedra que se alza sobre un montículo de tierra.]

Bajo ese montículo se encuentra uno de los últimos tanques de combate de nuestra guarnición. Como se había quedado sin combustible, la gente que lo manejaba decidió utilizarlo como fortín. Cuando se quedaron sin municiones, cerraron las compuertas y

se prepararon para ser utilizados como cebo. A pesar de que se les agotó la comida y se quedaron sin agua en las cantimploras, siguieron resistiendo durante mucho tiempo. «¡Seguid luchando!», gritaban por una radio que funcionaba a mano, girando una manivela. «¡Acabad la Muralla! ¡Proteged a nuestra gente! ¡Acabad el muro!» El último en caer fue el conductor de diecisiete años, resistió un total de treinta y un días. En esos momentos, casi no se podía ver el tanque, ya que se hallaba enterrado bajo una pequeña montaña de zombis, los cuales se apartaron de repente, en cuanto intuyeron que el muchacho había expirado su último aliento.

Para entonces, ya casi habíamos acabado nuestra sección de la Gran Muralla; sin embargo, los ataques aislados también habían llegado a su fin, y habían comenzado los asaltos masivos e incesantes de millones de zombis. Si hubiéramos tenido que combatir con tantos al principio, si los héroes de las ciudades del sur no hubieran derramado su sangre para que ganáramos tiempo...

El nuevo gobierno sabía que debía marcar distancias con el que acababa de derrocar. Tenía que legitimarse de alguna manera ante nuestro pueblo, y la única manera de hacerlo era decir la verdad. Las zonas aisladas no estaban siendo «engañadas» para que se convirtieran en señuelos involuntarios como había sucedido en muchos otros países. Se les pidió, abierta y sinceramente, que se quedaran ahí mientras los demás huían. Esa decisión sería totalmente personal, y cada ciudadano tendría que tomarla en conciencia. En mi caso, mi madre la tomó por mí.

Nos habíamos estado escondiendo en el segundo piso de lo que había sido una casa de cinco dormitorios, situada en lo que había sido uno de los enclaves suburbanos más exclusivos de Taiyuan. Mi hermano pequeño se estaba muriendo, lo habían mordido cuando había salido a buscar comida por orden de mi padre. Estaba tumbado inconsciente en la cama de mis progenitores y se estremecía. Papá se hallaba sentado a su lado, meciéndose lentamente adelante y atrás. Cada pocos minutos, nos gritaba: «¡Se está poniendo mejor! Mira, tócale la frente. ¡Se está poniendo mejor!». El tren de los refugiados pasó justo al lado de nuestra casa. Los miembros de Protección Civil iban de puerta en puerta para comprobar quién se iba y quién se quedaba. Mi madre ya había preparado una diminuta bolsa en la que había metido mis cosas; ropa, comida, un buen par de zapatos para poder caminar con comodidad y la pistola de papá cargada con sus tres últimas balas. Mamá me estaba peinando frente al espejo, tal y como solía hacer cuando era niña. Me exigió que dejara de llorar y me prometió que algún día, muy pronto, nos reencontraríamos todos al norte. Esbozaba

esa sonrisa, esa sonrisa helada y desprovista de vida que solo solía mostrarle a papá y sus amigos. Y en aquel momento la esbozaba para mí, mientras yo bajaba por las escaleras rotas de esa casa.

[Liu se detiene, toma aire y apoya su mano con forma de garra sobre la dura piedra.]

Nos costó tres meses acabar la Gran Muralla en su totalidad. Desde Jingtai, en las montañas del oeste, a la Gran Cabeza de Dragón, en el mar de Shanhaiguan. Nunca lograron abrir una brecha en ella, nunca la sortearon. Nos ha permitido tener el espacio que necesitábamos para consolidar nuestra población y levantar una economía de guerra. Fuimos el último país en adoptar el plan Redeker, mucho más tarde que el resto del mundo y justo a tiempo para la Conferencia de Honolulu. Hemos desperdiciado tanto tiempo, tantas vidas. Si la presa de las Tres Gargantas no se hubiera derrumbado, si esa otra Muralla no hubiera caído, ¿acaso habríamos levantado esta de nuevo? Quién sabe. Ambas son unos monumentos a nuestra cortedad de miras, a nuestra arrogancia, a nuestra desgracia.

Dicen que en la Muralla original murieron tantos obreros que se puede afirmar que se perdió una vida humana por cada kilómetro y medio. No sé si eso fue cierto en esa época...

[Liu da unas palmaditas a la piedra con su garra].

Pero ahora sí.

Steve y Fred

—¡Son demasiados! —chilló Naomi, cuyo grito encajó a la perfección con el patinazo que dieron los neumáticos de la motocicleta.

Se habían detenido a corta distancia de los árboles, y el motor de la Buell ronroneaba entre sus piernas. Steve entornó los ojos mientras examinaba el muro exterior con detenimiento. Los zombis no eran su mayor preocupación, sino que la puerta principal de entrada al laboratorio estaba bloqueada. Un Humvee había colisionado contra una mole calcinada que, al parecer, había sido la cabina de un camión articulado. El remolque debía de haber seguido su camino en solitario y había volcado al impactar contra dos vehículos. Unos charcos brillantes como el hielo relucían allá donde el fuego había derretido algunas partes de los embellecedores de aluminio. Por ahí, no vamos a poder entrar, pensó Steve. Entonces, giró la cabeza hacia Naomi, a quien tenía detrás.

—Es hora de usar la puerta de servicio.

La neurocientífica ladeó la cabeza.

—¿La hay?

Steve no pudo evitar soltar una risita ahogada. Para ser alguien tan lista, Naomi a veces podía ser bastante estúpida. Steve se mojó un dedo con saliva y luego lo alzó de una manera un tanto teatral al viento.

—Descubrámoslo.

El laboratorio estaba completamente rodeado. Lo cual era de esperar. Debía de haber unos cuantos cientos de esos engendros que avanzaban arrastrando los pies y que parecían buscar algo a tientas con las manos a cada lado de aquel perímetro hexagonal.

—¡Yo no veo ninguna otra puerta! —gritó Naomi por encima del rugido de la moto.

—¡No buscamos una en sentido literal! —replicó Steve a pleno pulmón.

¡Ahí está! Se refería a un punto en donde los muertos vivientes se habían congregado en torno al muro. Quizá eso se debía a que había algo al otro lado de esa pared: un superviviente, un animal herido... a saber, eso no le importaba a nadie. Fuera lo que fuese era lo bastante sabroso como para atraer a un montón de apestosos en tal número que incluso habían llegado a aplastar a algunos de sus compañeros contra esos bloques de hormigón. Había sido tal la presión a la que los habían sometido que habían quedado reducidos a una masa sólida de carne necrótica comprimida, cuya leve inclinación permitía a los apestosos que todavía se movían encaramarse a ella para poder sortear el muro.

La creación de esa «rampa» debía de haber tenido lugar hace unas cuantas horas. Y la presa original ya debía de haber sido devorada hace tiempo. Solo unos pocos necrófagos daban tumbos o se arrastraban por aquella rampa compuesta de no muertos. Algunas de sus partes aún se movían: algún brazo inquieto o alguna mandíbula que se abría y cerraba. A Steve le importaban un pimiento; solo le preocupaban los que todavía eran capaces de moverse y acercarse encorvados hacia ellos. Son solo unos pocos, pensó, mientras asentía imperceptiblemente. No serán un problema.

Naomi ni se inmutó cuando Steve dirigió el morro de la motocicleta hacia la rampa. Solo se le ocurrió mirar directamente hacia el objetivo al que se dirigían cuando este aceleró.

—¿Estás...? —acertó a decir Naomi.

—Es la única manera de entrar.

—¡Estás loco! —chilló, a la vez que dejaba de agarrarse con fuerza a su cintura como si pretendiera abandonar de un salto la Buell.

De manera instintiva, Steve la agarró de la muñeca con la mano izquierda en un visto y no visto. Acto seguido, la obligó a acercarse más a él de un tirón. Tras ver en su mirada que estaba aterrorizada, esbozó su peculiar sonrisa.

—Confía en mí.

Con los ojos abiertos como platos y pálida como la tiza, Naomi se limitó a asentir y agarrarse a él con todas sus fuerzas. Entonces, Steve se volvió hacia la rampa, sin dejar de sonreír. ¡Vale, Gunny Toombs, esto va por ti!

La Buell salió disparada como una bala, y el fuerte viento que eso provocó obligó a Hansen a inclinarse. Quinientos metros... cuatrocientos... trescientos... Algunos de los zombis que se hallaban cerca de la rampa se percataron de su presencia, se

volvieron y se dirigieron dando tumbos hacia ese misil que se acercaba. Doscientos metros... cien... los zombis ya se habían concentrado, agrupándose en una pequeño enjambre sin fisuras que bloqueaba la rampa. Sin inmutarse lo más mínimo, Steve sacó la M4 de su funda de cuero gastado y con la mirada todavía clavada en lo que tenía delante mordió con todas sus fuerzas la palanca de carga de su arma. Era algo que solo había intentado en una ocasión anterior, la noche en que su Harrier se estrelló en las afueras de Fallujah. Se había roto un brazo y ambas piernas por culpa del impacto, pero aquello no quebrantó su espíritu combativo, e intentó amartillar la carabina automática con los dientes. Aquella vez, lo logró, y entonces también lo iba a lograr, joder. De repente, la primera bala hizo clic de un modo reconfortante en la recámara.

No tenía tiempo de apuntar. Tendría que disparar a lo loco. ¡Crack! El ojo izquierdo del zombi más cercano desapareció, y una nube de color marrón rojizo estalló en la parte posterior de su cabeza. Steve habría hecho algún comentario sobre su buena puntería si hubiera tenido tiempo para ello. ¡Crack! ¡Crack! Al instante, cayeron dos más, como unos títeres a los que hubieran cortado los hilos. Esta vez, Steve sonrió. Aún conservo mi magia.

De ese modo, se fueron abriendo camino, pero a la velocidad cegadora a la que avanzaban, ¿iban a conseguir que el camino estuviera despejado a tiempo?

—¡Oh, Dios mío! —gritó Naomi.

Cuando solo les quedaba una distancia equivalente a media decena de motocicletas para llegar a la rampa, Steve apretó el gatillo de la M4, esparciendo una descarga completamente automática de billetes al infierno recubiertos de cobre. Dadle un besito a Satán de mi parte, pensó Steve. O a mi ex esposa, al que veáis primero.

La carabina hizo ese clic peculiar que indica que el cargador está vacío justo cuando el último zombi cayó, y, a continuación, con un fuerte estallido, ciento cuarenta y seis caballos de potencia ascendieron por la rampa de un modo atronador. Las ruedas de la Buell rasgaron esa pútrida superficie a su paso mientras Steve y Naomi se catapultaban por encima del muro.

—¡Huuurraaa! —gritó Steve, quien por solo un segundo, se imaginó de nuevo en la cabina de su avión, chillando sobre el desierto iraquí, mientras lanzaba una lluvia de fuego y muerte en nombre de la bandera americana. Sin embargo, al contrario de lo que sucedía con el avión de despegue vertical AV-8, la moto no podía cambiar de dirección cuando se encontraba en el aire.

El neumático delantero de la Buell chocó contra el asfalto del aparcamiento y patinó sobre un charco de restos humanos. El impacto los hizo saltar a ambos del sillón de cuero hecho a medida. Steve, hecho un ovillo, rodó por el suelo y acabó chocándose contra la rueda de un Prius destrozado. El conductor de aquel híbrido, que carecía de brazos y cara, lo contemplaba fijamente desde la puerta abierta del piloto. Es una pena que ese coche que iba a «salvar la tierra» no haya podido hacer lo mismo por su propietario, pensó.

Steve se puso en pie de un salto. En ese instante, pudo ver que Naomi se encontraba tirada en el suelo a varios metros de distancia. Estaba boca abajo y no se movía. Mierda. La moto yacía en el suelo apuntando en dirección totalmente contraria. No había manera de saber si ella seguía viva y si la moto seguía funcionando.

Los gemidos y el hedor lo golpearon como si fueran una sucesión de dos puñetazos rápidos. Se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo el primer zombi de aquella horda se acercaba desmañadamente hacia ellos. ¿Dónde coño estaba la M4? Cuando se estrellaron, se dio cuenta de que la había soltado, había oído cómo se deslizaba sobre la dura superficie del suelo. Debía de haber acabado debajo de un coche, pero ¿de cuál? Aún debía de haber varios cientos de vehículos en ese aparcamiento, lo cual quería decir que todavía debía de haber varios cientos de no muertos que habían sido sus dueños por los alrededores. Sin embargo, en ese momento no había tiempo para preocuparse de eso, ni para ponerse a buscar el arma. Los necrófagos, que eran ya unos veinte, avanzaban lentamente hacia el cuerpo inerte de Naomi.

La primera reacción de Steve fue llevarse la mano a la chaqueta para sacar la 9 milímetros que siempre llevaba. No. Se dijo a sí mismo y se detuvo. Si la M4 se había estropeado o perdido, su Glock podía ser la única arma de fuego que les quedaba. Además, pensó, mientras sus dedos se cerraban sobre la familiar empuñadura de piel de tiburón que llevaba a la espalda, no sería justo con Musashi.

¡Schhiing! La espada de *ninjato* de cincuenta y ocho centímetros y medio centelleó bajo el sol del mediodía, tan brillante y diáfana como el día en que Sensei Yamamoto se la regaló en Okinawa. «Su nombre es Musashi», le había explicado el anciano. «Significa Espíritu Combativo. Una vez ha sido desenvainada, su sed debe ser saciada con sangre.» Bueno, pensó, espero que valga esa mierda espesa que esos apestosos tienen en las venas.

De repente, vio reflejado en la hoja de la espada a un zombi que se acercaba

amenazador. Steve se giró y le acertó limpiamente justo por debajo del cuello. El hueso y los músculos se separaron como el hielo se derrite ante el fuego mientras la cabeza, que aún lanzaba mordiscos, rodaba de manera inofensiva bajo un monovolumen calcinado.

Mantén la calma y la concentración.

Otro zombi intentó agarrar a Steve del cuello, quien logró agacharse, pasó justo por debajo del brazo derecho de ese engendro y se incorporó a sus espaldas. Al instante, otra cabeza acabó rodando por el suelo.

Respira y golpea.

La hoja de Musashi atravesó el ojo izquierdo de un tercer zombi.

Esquiva y gira.

Un cuarto perdió la parte superior de la cabeza. Steve se encontraba ya a solo unos pocos pasos de Naomi.

¡Mantén la calma y la concentración!

Un quinto apestoso acabó con el cráneo partido justo por la mitad.

—Steve... —dijo Naomi, alzando la vista, con un hilo de voz y la mirada perdida. Estaba viva.

—Ya te tengo, guapa.

Steve tiró de ella para ayudarla a ponerse en pie, al mismo tiempo que le arrancaba la oreja con el filo de Musashi a un necrófago encorvado que se había interpuesto entre ambos. Pensó en intentar buscar la M4, pero no tenían tiempo que perder. Ya habrá más allá donde vamos.

—¡Vamos! —exclamó Steve, mientras tiraba de ella para atravesar una multitud de apestosos que pretendían interponerse en su camino. Juntos fueron corriendo hasta la Buell volcada. Cuando notó el rugido de la moto entre sus piernas no se sorprendió, ¡Estaba hecha en los Estados Unidos! ¡No podía dejarle tirado! Aunque también pudo escuchar otro rugido, tenue y débil, que iba aumentando de intensidad a cada segundo. Steve ladeó la cabeza para poder contemplar ese cielo repleto de humo. Ahí estaba: su billete de salida de aquel lugar, una diminuta mota negra que destacaba frente a aquel sol carmesí.

—¿Has llamado a un taxi? —preguntó Steve, a la vez que sonreía a Naomi. Por un brevísimo instante, la hermosa cerebrito le devolvió la sonrisa.

Solo se encontraba a cien metros de las puertas dobles abiertas del laboratorio. Lo cual no representaba un gran problema. Solo eran cuatro tramos de escaleras. Steve

dio unas palmaditas cariñosas a la motocicleta. No, no va iba ser un problema.

—Solo tenemos que llegar al helipuerto del... —la voz de Steve se fue apagando.

Tenía la mirada clavada en alguien... no, en algo más bien; en un necrófago que avanzaba arrastrando los pies hacia ellos desde detrás de un todoterreno destrozado. Era bajito y lento, e incluso a pie, tanto Naomi como él podrían haberle dado esquinazo. Sin embargo, Steve no tenía intención de huir. Aún no.

—Mantén el motor en marcha —dijo, y, por una vez, Naomi no le cuestionó.

A pesar de su piel putrefacta, su sangre seca y sus ojos carentes de vida y blancos como la leche, ella también reconoció a Theodor Schlozman.

—Ve —fue lo único que Naomi acertó a decir.

Steve se bajó de la moto y se acercó lentamente, casi con indeferencia, hasta el necrófago que se aproximaba.

—Eh, doctor —le dijo muy bajito, con un tono de voz tan gélido como los susurros de la muerte en el Ártico—. ¿Aún intenta salvar a la Madre Tierra de sus hijos malcriados?

Schlozman abrió la boca con suma lentitud. Mostrando así unos dientes mellados y amarillentos que sobresalían entre trozos de carne humana putrefacta.

—Uuuuuuuuuuaaaaaaaa —gruñó ásperamente el ganador en su día de un Premio Nobel, mientras intentaba agarrar del cuello a Steve con sus manos ensangrentadas.

El marine dejó que se le acercara lo suficiente como para que casi pudiera tocarlo.

—Como usted solía decir... —dijo con un sonrisa burlona— los brazos están para darse abrazos.

Entonces, blandió a Musashi como si fuera un rifle de la guardia de honor y le cercenó los dedos a Schlozman, luego las manos y, por último, los antebrazos antes de dar un salto en el aire y propinar una patada circular lateral al paleoclimatólogo en la cabeza.

Aquel cerebro que en su día había sido aclamado como el «Mayor Logro de la Evolución» salió disparado de ese cráneo hecho trizas. Aún intacto, fue dando vueltas en dirección a la Buell y aterrizó con un chapoteo en la base del neumático delantero. Gol.

El marine envainó su letal espada corta y se dirigió con parsimonia hacia Naomi.

—¿Ya hemos acabado? —inquirió.

Steve alzó la vista para observar el Blackhawk que se aproximaba. Aún quedaban unos cinco minutos para que aterrizara en el tejado. Justo a tiempo.

—Es que tenía que sacar la basura —respondió sin ni siquiera mirarla.

Aceleró y sintió cómo Naomi se aferraba de nuevo con fuerza a su cintura.

—Antes... —dijo Naomi, ladeando la cabeza hacia el lugar de donde la había rescatado— ¿me has llamado «guapa»?

Steve inclinó la cabeza con suma inocencia y pronunció la única palabra francesa que se había molestado en aprender:

—*Moi*?

Steve aceleró y el cerebro del profesor Theodor Emile Schlozman reventó como si fuera un tomate maduro bajo aquel neumático que giraba sin cesar. Steve sonrió burlonamente mientras la moto se dirigía atronando hacia...

Fred cerró el libro. Debería haberlo dejado de leer varias páginas antes. El dolor que sentía detrás de los ojos se le había extendido hasta la frente y el cuello. Podía ignorar esa jaqueca constante casi siempre; normalmente solo era un dolor sordo. Aunque los últimos días, estaba consumiendo sus fuerzas.

Como estaba tumbado de espaldas, la piel se le pegaba al suave suelo de granito. Tenía la cabeza apoyada sobre un trapo grasiento y costroso que tiempo atrás había sido su camiseta e intentó concentrarse en el centro del techo. Por un momento, tuvo la impresión de que la lámpara que tenía encima estaba encendida. En ese instante de la tarde, la luz del sol que atravesaba la ventanita incidía en la superficie de cristal de la bombilla que hacía las veces de prisma. Decenas de chispas arco iris danzaban de un modo muy bello a través del papel de la pared de color crema. Este era su momento favorito del día con diferencia, y pensar que ni siquiera se había fijado en ese fenómeno al principio. Es lo único que echaré de menos cuando salga de aquí.

Entonces, desaparecieron, ya que el sol se había desplazado en el firmamento.

Debería haberlo pensado, debería haberlo planeado mejor. Si hubiera sabido a qué hora iba a ocurrir, podría haber leído hasta entonces. Lo más probable es que ni siquiera hubiera sufrido un dolor de cabeza tan intenso. Debería haberse puesto un reloj. ¿Por qué no llevaba reloj? Seré estúpido. En su teléfono móvil, podría consultar la hora y la fecha y... cualquier otra cosa. Pero la batería del móvil estaba descargada. ¿Cuánto hacía que no funcionaba?

Vaya forma de prepararte, gilipollas.

Fred cerró los ojos y se masajeó las sienes. Mala idea. Con el primer movimiento hacia arriba se rasgó las costras que se le habían hecho entre la piel y las uñas de los dedos que se había comido casi enteras. El dolor provocó que lanzara rápidamente un

siseo. ¡Soy un puto idiota! Exhaló aire con lentitud, para intentar calmarse. Recuerda...

Abrió los ojos de par en par y recorrió las paredes con la mirada a gran velocidad. Ciento setenta y nueve, contó. Ciento setenta y ocho. Sí, seguía funcionando. Ciento setenta y siete.

Siguió contando... y contando, todas las manchas de sangre que habían dejado sus puños, toda pisada, todas las heridas de la frente fruto del pánico y la desesperación. Ciento setenta y seis.

Esto es lo que pasa cuando se te va la olla. ¡No pierdas la cabeza!

Eso siempre funcionaba, aunque siempre tenía la impresión de que cada vez le costaba un poco más. La última vez, había contado hasta cuarenta y uno. Esta vez, contó hasta treinta y nueve.

Te mereces un trago.

Levantarse le resultó muy doloroso. Le dolía la zona lumbar. Le dolían las rodillas. Le escocían un poco los muslos, las pantorrillas y los tobillos. Se le iba la cabeza. Por eso había dejado de hacer estiramientos por las mañanas. No obstante, el mareo era lo peor de todo. La primera vez, se había levantado demasiado rápido; por culpa de la caída, se hizo un moratón en la cara que todavía le dolía. Pero esta vez, creía que se había levantado con bastante lentitud. Mal pensado, imbécil. Fred se dejó caer de rodillas. Así estaba mejor. Mantuvo la cabeza ladeada hacia la derecha; ya que desde ese ángulo, ¡uno siempre miraba a la derecha! Una mano la tenía colocada sobre el borde para poder sujetarse. Y con la otra metía la botella de plástico de CocaCola en el depósito de agua del retrete. Si bien el agua solo estaba un poquito fresca, con eso bastaba para que recuperara la consciencia del todo. Necesito beber más, no solo para evitar la deshidratación, sino para evitar que se me vaya la cabeza.

Dio cuatro sorbos. No quería pasarse. Las cañerías seguían funcionando. Pero no para siempre. Sería mejor conservar el agua que había. Había que usar la cabeza. Tenía la boca seca. Intentó susurrar algo. Otra mala idea. El dolor lo invadió de inmediato; procedía de las grietas de sus labios, de las heridas que tenía en su delicado paladar, de la infección de estafilococos que le había salido en la punta de la lengua al intentar chupar, de manera inconsciente, las últimas partículas de comida que le quedaban entre los dientes. Ya ves lo bien que me ha venido, joder.

Fred agitó asqueado la cabeza de lado a lado. No estaba pensando con claridad. Se había dejado los ojos abiertos y, entonces, cometió el peor error del día. Miró a la

izquierda y clavó la mirada en el espejo que llegaba hasta el suelo.

Un triste y patético alfeñique le devolvió la mirada. Tenía la piel muy pálida, el pelo enmarañado y los ojos hundidos e inyectados en sangre. Estaba desnudo. El uniforme de conserje ya no le quedaba bien. Su cuerpo se estaba alimentando de sus propias grasas.

Pringao. Ya no tenía músculos, solo grasa.

Marica. Una piel muy velluda pendía en michelines desinflados repletos de manchas.

¡Puto patético de mierda!

Tras él, en la pared opuesta, se encontraban las otras marcas que había hecho. El Día Dos, había dejado de intentar ensanchar esa ventanita de treinta por treinta centímetros con uñas y dientes, literalmente. El Día Cuatro, había cagado sólido por última vez. El Día Cinco, había dejado de gritar pidiendo ayuda. El Día Ocho, había intentado comerse su cinturón de cuero porque había visto a algunos peregrinos hacerlo en una película. Era un cinturón muy grueso, un regalo de cumpleaños de...

No, no sigas por ahí.

El Día Trece, los vómitos y la diarrea cesaron. ¿De qué coño estaba hecho ese cuero? El Día Diecisiete, llegó a estar tan débil que ya ni siquiera se podía masturbar. Todos los días, lloraba y rogaba sin cesar, haciendo pactos mudos con Dios y gimoteando mientras llamaba a...

No.

Cuando el día llegaba a su fin, se acurrucaba en posición fetal para dormir porque no disponía de espacio para poder estirarse.

¡No pienses en ella!

Pero lo hacía, claro está. Pensaba en ella todos los días. Pensaba en ella a cada minuto. Hablaba con ella en sueños y en esa tierra de nadie que existe entre los sueños y la realidad.

Ella estaba bien. Tenía que estarlo. Sabía cuidar de sí misma. Todavía seguía cuidando de él, ¿no? Por eso Fred seguía viviendo en casa. Porque la necesitaba, y no al revés. Ella estaría bien. Claro que sí.

A pesar de que intentó no pensar en ella, acabó haciéndolo, como siempre, y, como era de esperar, le vinieron a la cabeza el resto de pensamientos habituales.

¡Qué inútil eres! ¡No hiciste caso a las advertencias! ¡No te fuiste cuando aún podías!

¡Qué inútil eres! ¡Has acabado atrapado en esta diminuta habitación y ni siquiera dispones del baño entero, sino solo de este espacio del tamaño de un armario, donde bebes del puñetero cagadero!

¡Qué inútil eres! ¡Ni siquiera has tenido los santos cojones de romper el espejo y hacer lo que deberías haber hecho de manera honrosa! Y ahora como logren entrar, ¡ni siquiera tendrás fuerzas para hacer algo, joder!

¡Qué inútil eres! ¡Qué inútil eres!

—¡Qué inútil eres!

Eso último lo había dicho en voz alta. Joder.

De repente, oyó un fuerte golpe en la puerta y se acurrucó en la esquina más lejana. Había más de esas cosas; podía escuchar sus gemidos reverberando por todo el pasillo. Eran similares a los que procedían de abajo, de la calle. La última vez que se subió a la taza a echar un vistazo, parecían conformar todo un océano. Nueve pisos más abajo, se desplazaban como una masa sólida revuelta, que se extendía hasta más allá de donde alcanzaba la vista. A esas alturas, todo el hotel todos los pisos, todas las habitaciones debían de estar completamente infestados. La primera semana, escuchó el ruido de unos pies arrastrándose por el techo que tenía sobre él. La primera noche, escuchó gritos.

Al menos, eran incapaces de entender cómo se abría una puerta corredera. En eso había tenido suerte: si hubiera sido una de esas puertas que se abren hacia fuera o dentro en vez de cerrarse lateralmente; si la madera hubiera sido hueca en vez de sólida; si hubieran sido lo bastante listos como para dar con la manera de abrirla; si la entrada hubiera estado en la parte de atrás del baño exterior, en vez de a un lado...

Cuanto más empujaban los del dormitorio, más aplastaban inútilmente contra el muro de atrás a los que estaban en el baño. Si hubieran empujado en orden, con todo su peso sumado, con todos los que eran...

Estaba a salvo. No podían entrar, daba igual cuanto arañaran, forcejearan o gimieran... y gemían lo suyo. El papel higiénico con el que se había tapado los oídos ya no cumplía su misión como antes. El papel se le había pegado a los laterales de los canales auditivos porque tenía demasiada cera en los oídos. Si hubiera guardado un poco más en vez de intentar comérselo.

Quizá esto sea para bien, se consoló una vez más. Así oiré llegar al helicóptero cuando venga a rescatarme.

Así era mucho mejor. Cuando los gemidos resultaban ya insoportables, Fred cogía

el libro; otra razón más por la que había tenido mucha suerte al haberse encerrado en ese sitio al que había entrado corriendo. Cuando saliera, iba a tener que localizar a su dueño por habérselo olvidado junto al retrete. «¡Gracias a él, me mantuve cuerdo, tío!», le diría. Bueno, quizá no se lo dijera así. Había ensayado un centenar de discursos más elocuentes cuando menos, que soltaba mientras comían un par de raciones de comida congelada, o lo que es más probable un par de RCI[3]. Así era como las habían llamado en la página 238: «Raciones de Consumo Inmediato». ¿De verdad calientan las raciones con calentadores químicos sin que ni siquiera haga falta sacarlas del paquete? Tendría que volver a leer esa parte. Aunque eso lo haría al día siguiente. La página 361 era su favorita; de la 361 a la 379.

Estaba oscureciendo. Esta vez, pararía antes de que la cabeza le doliera demasiado. Entonces, quizá tomara unos sorbitos de agua y luego se dormiría temprano. Fred pasó las hojas con el pulgar hasta dar con esa página tan manoseada.

Punto Final, S.A.: Una historia de la Guerra Mundial Z

BERUFJORDHUR, ISLANDIA

[Thomas Kiersted está igual que en esa foto sacada antes de la guerra. Quizá ahora tenga una complexión considerablemente más delgada, y su pelo entrecano haya perdido toda su parte morena; no obstante, en sus ojos no se percibe el más leve atisbo de «la mirada del superviviente». Me saluda desde la cubierta de La Reina de África. Esta nave de unos noventa metros de eslora, que fue un yate velero en su día, sigue siendo magnífica, a pesar de sus velas remendadas y de estar pintado con un color gris naval . Este antiguo juguete de la familia real saudí navega ahora bajo la bandera de la Unión Europea y es el cuartel general móvil de Punto Final S. A.]

¡Bienvenido a bordo!

[El doctor Kiersted me ofrece una mano en cuanto la lancha de suministros se sitúa a la par de su barco.]

Menuda fiesta, ¿eh?

[Se refiere al conjunto de buques de guerra y de transporte de tropas que se encuentran anclados en el fiordo.]

Menos mal que solo es una misión de reconocimiento. Cada vez nos resulta más difícil conseguir sujetos. El sur y el este de Asia son buenas zonas en ese aspecto, pero en África ya hay poco que rascar. Rusia solía ser nuestro principal exportador, aunque de manera extraoficial, por supuesto, pero ahora... Van en serio, quieren cerrar las fronteras. Se acabaron «las negociaciones flexibles», ni siquiera a nivel individual. ¿Adónde va a ir a parar el mundo si uno ya no puede sobornar a un ruso?

Se ríe entre dientes mientras bajamos a la cubierta B, en cuyo pasillo reina un ruido tremendo que surge de una escotilla iluminada.

No se preocupe por eso.

[Kiersted hace un gesto para señalar hacia atrás.] Es la temporada de cricket, Sri Lanka contra las Antillas. Recibimos la señal de la BBC directamente desde Trinidad.

No, nuestros sujetos están todos abajo, en unos camarotes especialmente modificados. No es barato, pero nada de lo que hacemos aquí lo es.]

[Descendemos a la cubierta C y dejamos atrás los camarotes de la tripulación y varios armarios donde al parecer guardan diversos materiales y equipo.]

Nuestros fondos provienen oficialmente del Ministerio de Sanidad de la UE. Nos proporcionan el barco, la tripulación, un enlace militar para ayudarnos a recoger sujetos, o, si no hay tropas disponibles, nos dan dinero suficiente como para pagar a contratistas privados como los «Impisi», ya sabes, los «Hienas», quienes tampoco son baratos.

No recibimos ningún tipo de financiación pública por parte de Estados Unidos. He visto en la C-SPAN[4] los debates que se han celebrado en su congreso al respecto. Casi me da algo cuando vi que un senador intentaba defender lo que hacemos abiertamente. Supongo que ese tipo ahora debe de estar trabajando como subalterno en el Departamento de Registro Nacional de Tumbas, ¿no?

Lo más irónico de todo esto es que, al final, casi todo el dinero que recibimos procede de América, de individuos particulares o instituciones benéficas. La [nombre omitido por razones legales] nos ha proporcionado los fondos que han permitido que decenas de compatriotas suyos hayan tenido la oportunidad de utilizar nuestros servicios. Necesitamos todos los dólares posibles, o quizá debería decir pesos cubanos, ya que esa es la única moneda que vale algo hoy en día.

Si bien resulta muy difícil y peligroso recoger sujetos, realmente peligroso, esa es la parte relativamente barata de todo el proceso. El dinero se va de verdad en... la preparación. No basta con dar con un sujeto que tenga la altura, la constitución y el género adecuados, así como unos rasgos faciales razonablemente parecidos. En cuanto los tenemos [menea la cabeza de lado a lado] comienza el trabajo de verdad.

Hay que lavarles el pelo, cortárselo y, a veces, teñírselo incluso. Casi siempre hay que reconstruirles los rasgos de la cara o incluso hay que moldearlos a partir de cero. Contamos con algunos de los mejores especialistas de Europa... y Estados Unidos. La mayoría trabaja a cambio de un salario estándar, o incluso «desinteresadamente», pero algunos saben perfectamente que poseen un talento muy valioso y nos hacen pagar por cada segundo de su tiempo de una manera acorde. Son unos cabrones con mucho talento.

[Ahora vamos a la cubierta E, cuyo acceso se encuentra bloqueado por una escotilla blindada custodiada por dos hombres armados muy corpulentos. Kiersted habla con ellos en danés. Asienten y, acto seguido, me miran.]

Disculpe, pero yo no dicto las reglas.

[Les muestro mi identificación, tanto la de EE. UU. como la de la ONU, una copia firmada del escrito en que les exonero de toda responsabilidad y una carta con mi consentimiento, estampada con el sello del ministro de la Unión Europea de Salud Mental. Los guardias examinan detenidamente los documentos, incluso con luces ultravioletas anteriores a la guerra, y, a continuación, asienten y abren la puerta. Acto seguido, Kiersted y yo nos adentramos en un pasillo extremadamente seco iluminado con luz artificial, donde no corre el aire y no huele a nada. Oigo el zumbido de varios deshumidificadores pequeños o de uno extremadamente grande y potente. Las escotillas situadas a ambos lados son de sólido acero y se abren únicamente con una llave electrónica; en ellas, aparece escrita en varios idiomas la misma advertencia de que el personal no autorizado tiene prohibido el acceso. Kiersted baja un poco su tono de voz.]

Aquí es donde lo preparamos todo. Lamento que no podamos entrar; es por cuestiones de seguridad, por el bien de los trabajadores, usted ya me entiende.

[Seguimos recorriendo el pasillo. Kiersted señala las puertas sin llegar a tocarlas.]

La cara y el pelo son solo una parte de los preparativos. «La personalización del vestuario»... eso sí que es un reto. El proceso no funcionará si los sujetos, por ejemplo, llevan una ropa que no es la adecuada o les falta algún objeto personal. En ese sentido, al menos, podemos dar gracias a la globalización. La misma camiseta hecha, por ejemplo, en China se puede encontrar en Europa, Estados Unidos, o en cualquier sitio. Lo mismo se puede decir de los chismes electrónicos, o las joyas; tenemos contratado a un joyero para realizar piezas únicas, pero le sorprendería saber la cantidad de veces que damos con réplicas exactas de piezas supuestamente «únicas». También contamos con una especialista para los juguetes de los niños, pero no para fabricarlos, sino para modificarlos. Los niños personalizan sus juguetes como nadie. A un oso de peluche le puede faltar un ojo, o un muñeco puede tener una bota negra y otra marrón. Nuestra especialista tiene un almacén en Lund. Yo lo he visto, es un viejo hangar de aeroplanos enorme, que está repleto de piezas únicas de juguetes; como peines de muñecas y pistolas de Action Man... Hay cientos de montones, miles. Este sitio me recuerda a cuando visité Auschwitz cuando era estudiante... a esas montañas de ojos de cristal y de zapatos de niños que había ahí. No sé cómo lo hace la tal Ingvilde. Le pone mucho empeño.

Recuerdo que una vez necesitamos un «penique especial». El cliente nos dio unas instrucciones muy específicas. En el pasado, había trabajado como una especie de «representante del mundo del entretenimiento» en Hollywood, fue el manager de

[nombre suprimido por razones legales] y de muchas otras estrellas ya muertas. En su carta, decía que una vez había llevado a su hijo a un lugar llamado Travel Town, un museo de trenes de Los Ángeles. Según nos contaba, esa fue la única vez que pasó una tarde entera con su hijo. En Travel Town había una de esas máquinas en las que uno mete un penique y, tras accionar una manivela, la moneda queda prensada y se convierte en un medallón especial. El cliente afirmaba que el día que huyeron, su hijo se había negado a abandonar el penique. Incluso obligó a su padre a hacerle un agujero para que pudiera llevarlo atado al cuello con un cordón de zapato. La mitad de la carta de aquel cliente estaba dedicada a describir ese penique tan especial. No solo el diseño, sino también el color, el desgaste que había sufrido por el paso del tiempo, el grosor e incluso el lugar exacto donde le había abierto un agujero. Sabíamos que nunca íbamos a dar con un penique similar. Ingvilde opinaba lo mismo, pero ¿sabes lo que hizo? Fabricó otro completamente idéntico. Buscó y dio con los archivos de esa empresa en internet y le dio una copia del diseño a un operario local. Luego, lo envejeció como si fuera una gran experta en química; utilizando la combinación adecuada de sal, oxígeno y luz solar artificial. Y lo más importante de todo, se cercioró de que el penique estuviera acuñado antes de la década de los ochenta, antes de que el gobierno decidiera quitar casi todo el cobre de su composición. Mire, cuando uno aplasta un penique, y el metal de dentro muestra... Lo siento... le estoy dando «demasiada información», como suelen decir ustedes los estadounidenses. Le comento esto para darle un ejemplo del empeño y dedicación con el que realizamos nuestro trabajo. Ingvilde, por cierto, trabaja para nosotros a cambio de un mero salario de subsistencia. Es como yo... sufrimos «la mala conciencia del rico».

[Llegamos a la cubierta F, el nivel más profundo de La Reina de África. Aunque también se encuentra iluminada con luz artificial como la cubierta superior, estas bombillas brillan tanto como el sol antes de la guerra.]

Intentamos replicar la luz solar; además todos los compartimentos están equipados especialmente con sonidos y olores confeccionados a medida del cliente. Casi siempre se intenta recrear un entorno sereno... donde reine el olor a pino y se escuchen los trinos de los pájaros... pero lo cierto es que depende de cada individuo. Una vez tuvimos un cliente de China que vino a probar este sistema con el fin de comprobar si merecía la pena que su gobierno desarrollara un proyecto similar. Era de Chongqing y necesitaba que recreásemos los ruidos del tráfico y el olor de la polución industrial. Nuestro equipo tuvo que preparar un archivo de audio donde mezclaron los ruidos

que emitían ciertos coches y camiones chinos muy concretos, así como confeccionar una mezcla tóxica donde combinaron carbón, azufre y gasolina repleta de plomo.

Cumplimos el encargo con éxito. Como con el penique especial. No nos queda otra. Si no, ¿para qué demonios haríamos esto? Y no me refiero al coste en tiempo y dinero, sino también al peligro que corre la cordura de nuestros trabajadores. ¿Por qué intentamos revivir constantemente algo que todo el puñetero mundo intenta olvidar? Porque funciona. Porque ayudamos a la gente, porque les damos exactamente lo que promete el nombre de la empresa. Tenemos un porcentaje de éxito del setenta y cuatro por ciento. Casi todos nuestros clientes son capaces de volver a tener algo parecido a una vida, de superar su tragedia, de poder poner a un «punto final» o algo similar. Esa es la única razón por la que encontrará a alguien como yo aquí. Es el mejor sitio para superar «la mala conciencia del rico».

[Llegamos al último compartimento. Kiersted saca la llave y, a continuación, vuelve su rostro hacia mí.]

Antes de la guerra, ser «rico» implicaba tener posesiones materiales... dinero, bienes. Mis padres nunca tuvieron ninguna de ambas cosas, ni siquiera en un país socialista como Dinamarca. No obstante, uno de mis amigos sí era rico y siempre lo pagaba todo, a pesar de que nunca se lo pedí. Siempre tuvo mala conciencia por ser rico, incluso me lo reconoció en una ocasión cuando me dijo que era «injusto» que él tuviera tanto. «Injusto.».

[Su sonrisa se desdibuja por primera vez desde que nos hemos encontrado.]

No he perdido a ningún miembro de mi familia. En serio. Todos hemos sobrevivido. Fui capaz de anticiparme a los acontecimientos, como suelen decir los estadounidenses: «Fui capaz de sumar dos y dos». Sabiendo lo que sabía, decidí vender mi casa, comprar ciertas herramientas necesarias para sobrevivir y llevarme a mi familia a Svalbard seis meses antes de que estallara el pánico. Mi esposa, nuestros hijos, nuestras dos hijas, mi hermano y toda su familia... todos siguen vivos... además de tres nietos y cinco sobrino nietos y sobrina nietas. A mi amigo, ese que tenía «tanto», lo traté el mes pasado. Lo llaman «la mala conciencia del rico», porque la vida es la nueva riqueza. Quizá deberían llamarlo «la vergüenza del rico», porque, por alguna razón, la gente como nosotros casi nunca habla de ella. Ni siquiera entre nosotros. Recuerdo que una vez que quedé con Ingvilde en su taller, pude comprobar

al entrar que había una foto en su escritorio dada la vuelta hacia ella. Como no llamé a la puerta, la sorprendí un poco. Volcó el marco de manera violenta antes de que siquiera supiera que se trataba de mí. Fue un acto instintivo. Provocado por la culpa. La vergüenza. No le pregunté quién aparecía en la foto.

[Nos detenemos ante el último compartimento. Hay un portapapeles sobre el mamparo junto a la escotilla, donde hay colgado otro escrito en que les exonero de toda responsabilidad. Kiersted lo mira, luego posa la mirada sobre mí, sintiéndose muy incómodo.]

Discúlpeme. Sé que ya ha firmado uno de esos documentos, pero como usted no es un ciudadano de la UE, la regulación exige que debe volver a leer y firmar otro formulario. Tener que leerlo otra vez es un coñazo, si por mí fuese, le dejaría firmarlo y ya está, pero...

[Entonces, posa la mirada fugazmente sobre la cámara de vigilancia situada por encima de nosotros. Finjo que leo el documento. Kiersted lanza un suspiro.]

Sé que mucha gente no está de acuerdo con lo que hacemos aquí. Piensan que es inmoral o, al menos, lo consideran un despilfarro. Lo entiendo. Para muchos de ellos, la ignorancia es una bendición, que les protege e impulsa a avanzar. La utilizan para seguir adelante con sus vidas, para rehacerse tanto física como mentalmente, porque quieren estar listos para el día en que esa persona desaparecida atraviese la puerta de repente. Para ellos, la ignorancia equivale a la esperanza y, a veces, poder ponerle punto final a esa situación de incertidumbre es suponer acabar con la esperanza.

Pero ¿qué pasa con ese otro tipo de superviviente, con aquellos a los que paraliza el no saber qué ocurrió? Esos son los que rebuscan sin parar a través de las ruinas, fosas comunes y listas realmente interminables. Esos son los supervivientes que han elegido saber la verdad por encima de la esperanza, que no pueden seguir adelante con sus vidas sin contar con alguna prueba física de esa verdad. Aunque, claro, lo que les ofrecemos no es la verdad, y lo saben en lo más hondo de su ser. Sin embargo, creen en ello porque quieren creer, al igual que otros son capaces de ver una esperanza cuando observan el vacío.

[Acabo de rellenar la última página del formulario. Kiersted saca su llave tarjeta.]

Por cierto, hemos logrado elaborar un perfil psicológico básico que define a las personas que buscan nuestra ayuda. Tienden a ser de naturaleza agresiva; son gente

activa y decidida, que solía estar acostumbrada a labrarse su propio destino. [Me mira de reojo fugazmente.] Aunque, claro, eso es solo una burda generalización, pero para muchos de ellos lo peor de aquella época fue perder el control. Con este procedimiento pretendemos que recuperen el control y que al mismo tiempo puedan despedirse del pasado.

[Kiersted introduce la tarjeta, la luz de la cerradura parpadea, pasa de rojo a verde, y la puerta se abre. El compartimento en el que entro huele a salvia y eucalipto, y el sonido de la olas reverbera a través de los altavoces montados sobre el mamparo. Observo fijamente al sujeto que tengo delante de mí. Me devuelve la mirada. Tira de las correas e intenta alcanzarme. Tiene la boca abierta. Gime.]

No estoy seguro de cuánto tiempo podré seguir contemplando fijamente al «sujeto» que tengo frente a mí. Al final, me vuelvo hacia Kiersted, asiento para expresar mi conformidad y, entonces, me doy cuenta de que una sonrisa vuelve a dibujarse en su rostro.

El psiquiatra danés se acerca a un pequeño armario cerrado situado en el mamparo posterior.]

Por lo que veo, no ha traído nada.

Hago un gesto de negación con la cabeza.

Kiersted se aleja del armario y me coloca una pistola automática de pequeño tamaño en la mano. Comprueba que solo hay una bala en la recámara y, acto seguido, retrocede, sale del compartimento y cierra la escotilla situada a mis espaldas.

[Apunto hacia la frente del sujeto con la mirilla láser. Este se abalanza sobre mí, gruñendo e intentando morderme. Entonces, aprieto el gatillo.]

NOTAS

[1] Mosquete que utilizaba el ejército en la época de máxima expansión del Imperio británico (*N. del T.*).

[2] La Gran Muralla Verde: un proyecto de restauración del medioambiente anterior a la guerra con el que se pretendía poner freno a la desertificación (*N. del A.*).

[3] Las RCI o MRE (Meal, Ready-to-Eat) son raciones de comida que se pueden consumir directamente, usadas por las fuerzas armadas de Estados Unidos (*N. del T.*).

[4] C-SPAN es un canal de televisión por cable estadounidense centrado en informar sobre política y cuestiones gubernamentales (*N. del T.*).